



FISIOLOGÍA DEL **olvido**

OMAR NIETO



narrativa

Fisiología del olvido

Omar Nieto obtuvo la mención honorífica de cuento en el IX Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2017. El jurado estuvo integrado por Beatriz Espejo, Ricardo Chávez Castañeda y Luis Jorge Boone.

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

OMAR NIETO

Fisiología del olvido



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Presidente

Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros

Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

Fisiología del olvido

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Omar Alfredo Nieto Arroyo

ISBN: 978-607-495-631-3

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/37/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Para Citlalli Haidé

Hay lugares en el mundo que datan de los orígenes.
Estos espacios son instantes donde el tiempo de
Antaño se ha petrificado.

PASCAL QUIGNARD

Escapamos al poder del origen gracias al don del olvido.

RÜDIGER SAFRANSKI

Fisiología de la epilepsia (Metafísica del movimiento)

En nombre de la ciencia, casi dos siglos después de las primeras búsquedas de la cura de la epilepsia, el tiempo se detendría para Hermann Müller. Era el verano de 1953. En la sala de cirugía, lo cegaban las luces colgadas del techo. Olía a antiséptico y las enfermeras a su alrededor le decían: “Todo saldrá bien”.

El neurocirujano William Beecher Scoville, graduado en Harvard, empuñó un bisturí rayando la cabeza afeitada de Hermann como si fuera un melón. De ahí en adelante, para él, todo se detuvo. El objetivo de la operación, explicó Beecher a sus colegas, fue extraer una colección de estructuras del lóbulo temporal. Eso detendría los brutales ataques epilépticos que Hermann sufría desde niño.

Y pocos minutos después, como alguna vez lo supusieron los físicos cuánticos, el tiempo se detuvo para él, a pesar de que en la

calle el reloj corría igual para todo el mundo. En efecto, los ataques desaparecieron para siempre, pero sus recuerdos no rebasaron ese día del 53, en Toronto, fecha en la que lo operaron apenas cumplió los catorce años de edad.

El día anterior, su madre lo había llevado a la Holy Trinity Church, en Trinity Square. Lo llamó dulcemente con la mano: “Hermann, ven aquí, entra”. Él vio los hermosos vitrales que adornaban la iglesia, traídos desde Edimburgo. En ellos: los cuatro evangelistas (el Ángel, el León, el Ox y el Águila); encima de él, una enorme cruz y un Sagrado Corazón.

La madre de Hermann rezaba, satisfecha y angustiada, pues al otro día operarían a su hijo. En su rezo pedía: “Basta de convulsiones, basta de apretar su mano hasta que se calme, no más ojos de terror, nunca jamás desabrocharle el pantalón para que respire mejor”.

“Basta de ponerle un lápiz en la lengua”, rezó con fervor. En el vitral, Jesús, el salvador de los cristianos, la miraba. Se trataba de la tarde de un triste sol de aquel verano, en el que la madre de Hermann miró a su hijo por última vez consciente de sí mismo.

En efecto, al otro día, los ojos pesados del neurocirujano Beecher informaron a la madre que Hermann nunca más iba a tener un ataque epiléptico, diagnóstico que cambiaría semanas más tarde tras una evaluación: “Lo sentimos. Ése era el riesgo. Lo libramos de la epilepsia pero no podrá tener recuerdos nuevos...”. Un drama, porque como ya se ha dicho, en el conocimiento no existe la novedad. Sin embargo, se había registrado un logro: ahora los cirujanos sabían con mayor precisión, y no sólo como una conjetura, en qué lugar del cerebro se alojaba la memoria presente.

Y con ello, el fin de las convulsiones pero la parálisis del recuerdo inmediato. Se había logrado el control de aquellas neuronas de la epilepsia en exceso explosivas, como un universo colisionando y expandiéndose. Aquella operación había buscado poner fin al movimiento eléctrico autónomo que hace sentir a quien lo padece un títere, un rehén de un demonio bioquímico que ataca sin consentimiento.

En efecto, de lo último que se acordaba Hermann ya, era de aquella tarde anterior a su operación en la Holy Trinity Church, y de que había tres peldaños antes de llegar a la calle y que su madre le ayudó a bajarlos. Pero sobre todo: los vitrales de los evangelistas y el olor de las velas quemadas.

En la Trinity Square, la mañana resulta clara para Hermann y el aire entra en sus pulmones haciéndole cosquillas. Hay una mujer que le ofrece helado. Es amable, rechoncha, vieja y sonríe. “¿Qué sabor es éste?”, le pregunta Hermann. “Es de chocolate”, responde ella, “el que te gusta”.

—Señora —le dice Hermann—, ¿qué flor es ésa?

—Una rosa. Come tu helado, Hermann. No olvides comer tu helado.

Hermann, ya de regreso en casa, se lava la cara. En el espejo, un hombre viejo imita sus gestos y, ante ello, se pone serio. Se pregunta si la operación puede derivar en alucinaciones o si alguna vez le volverá la epilepsia. Y si algún día su cráneo roto dejará de presentar cicatriz. El hombre en el espejo viste una camisa demasiado

holgada para él, que siempre ha usado suéter rojo y camisa de cuello largo como en el colegio. Además, tiene barba.

Esas alucinaciones no le gustan. Tampoco entiende por qué ya no ve a su madre y por qué lo ha dejado a cargo de aquella mujer robusta que se hace llamar Marion, quien asegura que fue profesora de educación media en el liceo de gobierno en Toronto antes de conocerlos a él y a su mamá.

Marion siempre le quita el espejo y lo seda para rasurarlo. Le inyecta una sustancia que lo adormece. Le dice que es el medicamento que le ayudará a cicatrizar su herida. Apenas siente el pinchazo, él pregunta de nuevo por su mamá, y al recibir la misma respuesta, pide que al menos Marion no se olvide de llevarlo a la iglesia de los cuatro evangelistas.

—¿Has venido aquí antes, Marion? —le pregunta siempre Hermann cuando caminan debajo de las imágenes de los apóstoles.

—Sí, he venido antes.

—¿Dónde está mi madre? —inquire él, de nuevo.

—De viaje, ya te lo dije muchas veces —responde Marion.

El parque está limpio y el aire también. A veces Hermann se sorprende porque de un día para otro ya no están las mismas flores ni las personas que barren los excrementos de las palomas. Cada día hacen autos más modernos, hay más ruido, los edificios se tornan extraños y, sobre todo, abundan parejas deshinibidas que le provocan pensamientos confusos. Pero lo que sin duda sigue igual son las aves que se atiborran de granos en el piso y que se espantan

cada que Hermann se acerca, mientras clavan sus ojos en él. Por alguna razón, le tranquiliza que cada que quiere tocarlas vuelen despavoridas de forma invariable.

En México, en 1702, tres médicos dirigieron al Santo Oficio una carta para pedir permiso de macerar un medicamento para aplicárselo a un enfermo de epilepsia. Se trataba de un ungüento hecho a base de semen y polvos de cráneo. No era la primera vez que los españoles radicados en las ciudades coloniales usaban dicha cura, por lo que el médico corrector de la Santa Orden, Isidro Balberde, dio su permiso. Había otro remedio, aún más antiguo, que empleaban los indígenas, en el que debía comerse una mixtura de hojas de *quetzalatzonyatl* y *tetzitzilin*, molidas en agua, a la que se le agregaba cerebro de comadreja y zorra, en medio de sahumeros “con buen olor de nido de ratones quemados en las brasas y de incienso blanquecino y de plumas del ave llamada *cozcacuauhtli*”, según el códice Badiano. Así lo leyó Marion mientras aguardaba a que Hermann recorriera una vez más el atrio de la iglesia. Ojalá a Hermann le hubieran aplicado tales ungüentos y no abierto la cabeza tratando de encontrar cómo detener sus demonios en forma de latigazos bioquímicos. Pensó en eso cerrando el manual médico que había comprado alguna vez en una librería, escrito por el estudioso Simón Brailovksi, y leído en párrafos salteados como se le había hecho costumbre desde que operaron a Hermann buscando una respuesta o una alternativa que ya no era posible aplicar. El manual de Brailovksi, recuento de

la historia de tratamientos para la epilepsia, decía también: “No era la primera vez que se realizaba una trepanación en la historia. En el México y Perú prehispánicos se intentó localizar el origen de la energía destructora de las convulsiones, el *hixcayotl*, o temblor del cuerpo...”.

Marion siente miedo. ¿Cuánto tiempo seguirá cuidando a Hermann? Ya se cansa tan sólo de caminar por la casa. En consecuencia, él también se ha alentado y ya es más difícil ocultar las canas del chico aplicando tintes comerciales. Hermann también está más obeso y las arrugas alrededor de sus ojos son cada vez más evidentes. “¿Cuándo va a volver mi mamá?”, le pregunta siempre Hermann, y a Marion cada día, cada año, estas palabras le duelen más pues ya es imposible ocultar que ella es su madre y lo cambiada que está; cada vez es más duro explicar por qué no se parece a esa que lo llevaba cuando muchacho a la iglesia de los cuatro evangelistas.

La epilepsia es un trueno en el cielo y la falta de movimiento gotas que caen de vez en cuando. La enfermedad sagrada o venganza de Selene no sólo les ha afectado a Hermann y a Marion dado que no hay forma de detener el deterioro del cuerpo, pues ambos ya están ancianos, lentos y cansados. Cada vez más personas ofrecen ayuda a Marion al atravesar una calle o entrar al metro. Viven de la indemnización de aquella operación, pero hasta ese dinero llega con menos frecuencia.

—Vamos al parque —dice Marion—, ¿quieres ir?

—Sí —responde Hermann llevándole su bastón mientras la mira con atención sin reconocer quién es.

En el parque, Hermann observa de manera detenida el color de los árboles. “Qué hermoso verdor y qué lindo se mecen las copas”, dice en voz alta. Marion le compra el helado de siempre, en el lugar de siempre.

Ya en casa, Hermann entra corriendo a mirar los geranios rojos del jardín, como si nunca los hubiera visto. “Son muy hermosas estas flores”, dice Hermann con la voz cada vez más gruesa. Marion las cultiva todo el año para que él siempre las mire como en una primera ocasión eterna.

Por fin Marion se ha ido. Es como si la voz de Hermann llamando a su verdadera madre hubiera hecho efecto. Hace días que está solo. Han llegado unos hombres desconocidos para llevárselo; lo ayudan, pues a este sempiterno joven de catorce años a quien le quitaron un pedazo de memoria ya le cuesta trabajo caminar.

—¿Dónde está mi madre? —pregunta, de nuevo, sin obtener respuesta, dejándose arrastrar, pues tiene días sin comer y su ropa huele mal.

Los claveles del hospital se han marchitado también. Hermann no extraña a Marion. Pasa los días enteros mirando la luz del sol entrar por la ventana. Los enfermeros lo ven ya más pesado que los demás. No obstante, la sonrisa de su rostro se ha vuelto permanente.

“Mamá”, repite todo el tiempo.

Tratan de tranquilizarlo y Hermann en verdad piensa que le ha afectado demasiado la operación que le han practicado. Hermann sólo extraña a esa mujer joven que lo llevó a la Holy Trinity Church a rezar para que la operación contra la epilepsia saliera bien, bajo la mirada prometedora del Ángel, el León, el Ox y el Águila. Y quizá así sea mejor, porque qué madre del mundo puede decir que, como Marion, gozó la inocencia eterna de un hijo por muchas décadas, aquella que se detuvo para siempre un frío verano de 1953.

Fisiología del olvido (El cerebro de la señora Auguste D.)

*Was du erlebst, kann keine
Macht der Welt Dir rauben.*

Hay mucho dolor en el olvido si al final de la vida el cuerpo no sabe cómo sostener la cabeza, contener los esfínteres, cómo respirar. *Morosis* en griego, *oblivio* en latín, *dotage* en inglés medieval, *démence* en francés y *fatuity* en inglés moderno, la pérdida de la memoria como enfermedad neurológica, en su estado final, es uno de los mayores dramas que puede enfrentar una persona.

El mal fue catalogado como demencia senil en 1838 por el psiquiatra español Jean Étienne Esquirol, pero quizá la primera vez que se estudió como enfermedad específica se remonta al sexto año del siglo xx en un último vagón de tren de pasajeros que corría de Frankfurt a Múnich con bastante retraso. Émile, ama de casa que volvía de un viaje de placer en aquel tren, levantó la cabeza porque una pequeña gota cayó sobre su frente. Al husmear en los

compartimentos superiores, vio una caja de metal de 1.10 metros de largo con siete broches escurriendo un líquido viscoso.

El contenido, enviado como carga de pasajeros, estaba envuelto en toallas con una sustancia parecida a la formalina, como luego se comprobó al abrir la maleta. El cofre contenía el cadáver de la señora Auguste D., o mejor dicho, su médula espinal y cerebro.

A pesar de que la policía se apersonó rápidamente debido a los gritos que daba la señora Ëmile, el propietario del cofre, el doctor Alois Alzheimer, también de origen alemán, no fue arrestado ya que pudo acreditar su permiso para transportar cadáveres.

La señora Auguste D. había sido su paciente. Muchos meses antes, le había detectado “demencia senil”, como marcaban los viejos manuales de psiquiatría, pero aquel caso, en absoluto atípico, por completo extraño, le hizo sospechar que no sólo se trataba de uno más sobre ese padecimiento.

Imagine ese cerebro sin vida en un tren de pasajeros. Era una masa gelatinosa del tamaño de un coco, según lo refirió la propia Ëmile al comandante de policía de Bamberg, donde se detuvo el tren, dado el escándalo que suscitó el hallazgo.

“El cerebro humano pesa sólo dos por ciento del total del cuerpo, pero usa el veinte sobre cien del consumo energético requerido para vivir”, rezan los protocolos médicos actuales, pero no cuando se vio por primera vez en Europa ese contenido humano gracias al primer microscopio libre de distorsión.

Sin embargo, el trabajo científico riguroso estaba aún por venir. En ese mismo 1906, Franz Nissl, amigo de Alois Alzheimer, le había dicho que para calcular los tiempos de estudio de la masa encefálica tenía que sacar el cerebro, ponerlo sobre la mesa, escupir

en el suelo y cuando el escupitajo estuviera seco, sería el tiempo adecuado para meter el cerebro en alcohol. El tiempo preciso para que no colapsaran las células. El cerebro de la señora Auguste D. se había conservado en cambio sumergido en noventa por ciento de alcohol y diez por ciento de formalina por bastantes horas. No obstante, aquel retraso en el tren a Múnich había hecho ceder visiblemente el poder de conservación del compuesto.

Horas antes de aquel viaje, los alumnos de Alzheimer le habían aplicado a aquel cerebro un examen microscópico en el que pudieron identificar doscientas cincuenta tiras de meninges y vasos de las zonas frontal, parietal y occipital. También lograron separar el cerebelo (responsable del equilibrio, coordinación y movimiento en el cuerpo) y el bulbo raquídeo (funciones de respiración y vitales básicas), con lo que comenzaron el análisis formal del órgano.

En aquellas horas críticas, antes de que el tejido cerebral comenzara a deshacerse en ese tren a Múnich, Alois Alzheimer había podido usar también el microscopio Zeiss para observar una muestra colocada entre dos cristales. Como lo temía, el cerebro de la señora Auguste había estado enfermo: lucía lleno de puntos color marrón, una especie de varicela cerebral. Casi un tercio de ese tejido estaba destruido en lo interno, era una fibra degenerada, un queso *gruyère*, un hoyo negro de un universo infinito que se había contraído. El cerebelo también estaba carcomido. El cerebelo: el primer órgano que se activa en el útero de la madre y el último en funcionar cuando ataca la demencia senil atípica.

El cerebelo: materia desvanecida en el Tiempo.

Unos meses antes de su muerte, la señora Auguste D. había escrito a su hija: “Querida Florence. Yo sé que nunca he tenido una

memoria fotográfica... Cuando la vida es tan compleja hay muchas más cosas que recordar. ¿Cómo puedo acordarme de todo? ¿Qué pretendéis, que tenga una memoria perfecta?”.

Su hija le reclamaba no acordarse de ella en ciertos momentos. Justo el mismo destino de su médico, el propio Alois Alzheimer, quien moriría casi una década después del mismo mal que había descubierto. En sus últimos días, Albert, el mejor amigo del doctor Alzheimer, comentó incluso: “Acudí a ver a Alois. Me vio. Y me sentí feliz. Supo quién era...”.

En el siglo I, antes de Cristo, Juvenal lo había advertido: “Desdichado el hombre que olvida el nombre de sus esclavos y el amigo con el que cenó la noche anterior, y los hijos que engendró y crió”.

Pero tuvieron que pasar casi dos mil años para que se comprendiera semejante fenómeno:

1906. Conferencia Regional de Psiquiatras de Alemania Central. Ponente: Alois Alzheimer: “Esta clase de demencia senil se debe a la proliferación de ovillos y puntos de moléculas que impiden la comunicación entre las células del cerebro”. Alfred Hoche: “Bien, respetable colega Alzheimer, le agradecemos sus comentarios, pero nadie desea establecer una discusión sobre el tema”.

1910. Publicación del *Manual de psiquiatría* de Emil Kraepelin: “La interpretación clínica de esta enfermedad de Alzheimer todavía es confusa”, reza el documento.

1911. Robert Terry usa por primera vez un microscopio de electrones para observar una corteza cerebral llena de ovillos y puntos para elaborar la estructura molecular propia de la enfermedad.

1915. Muere Alzheimer a los cincuenta y un años. Varios meses antes había dado síntomas de pérdida de memoria.

1939. La investigación del neuropatólogo J.L. Conel consiste en diseccionar cerebros de niños muertos. De uno, dos, tres, cuatro, seis meses. Las zonas motoras a esta edad comienzan a cubrirse con mielina y se aíslan para construir redes neuronales. La última zona que se recubre con esa sustancia es el hipocampo, donde se crea la memoria inmediata. Las primeras mielinizaciones son irrecordables: mover los brazos, caminar, abrir los ojos, mirar, respirar.

En los apuntes de Alois Alzheimer, donde iba registrando su propia pérdida de memoria, podía leerse que tal vez la mayor tragedia de un ser humano sería morir siendo niño de nuevo. Un viaje a la semilla, un regreso al seno, aseguraba, tratando de dejar atrás la confusión de vivirlo en carne propia mediante palabras mutiladas en un papel. De sentir que hay problemas pero no saber por qué.

“Nada más doloroso que olvidar a algún amante, a algún enemigo; nada más aterrador que perder una guerra interior contra la nada. Nada tan terrible que morir olvidando la vida, aunque tal vez esto no sea sufrir plenamente, en el sentido literal del término”, se corregía Alzheimer en aquel cuaderno con cada vez menos palabras.

Hacia los últimos meses de su vida consciente, Alois dejó de referir en sus apuntes a la señora Auguste D. Poco sabemos del recuerdo vago de aquella mujer por parte del descubridor de la acción de la mielina en el cerebro, de esos hoyos negros cósmicos impresos en la red neuronal.

Al final de aquellos apuntes Alois confesaba no saber si toda aquella historia de la transportación del cuerpo inerte de su

paciente a bordo de un tren hacia Múnich fue cierta o había sido una simple ficción. No obstante, aseguraba, le tranquilizaba que hubiera datos científicos que lo confirmaran, como el reporte de sus alumnos y el expediente policiaco de aquel viaje en tren.

A juzgar por esos apuntes, Alois se dio cuenta de que quien sufre semejante padecimiento olvida poco a poco lo que tiene menor importancia, cuidando con desesperación lo más significativo. La memoria borra primero los trabajos banales, las parejas que no trascendieron como amores, lo que se leyó en los diarios, las discusiones furtivas en las calles, el tráfico en la ciudad; los enemigos que nos hicieron enfurecer; las elecciones presidenciales y los discursos políticos; la música mala. El recuerdo trata de conservar a toda costa la imagen de la esposa o el esposo, al padre y la madre; a los mejores amigos riendo con una broma; el primer beso; la primera vez que se tocó el mar; los aviones despegando en el aeropuerto; el primer chiflón de aire en la ventana del coche en unas vacaciones familiares. El cerebro conserva el abrazo espontáneo de un hermano o hermana a la salida de la escuela; el grito de vida de cada hijo al nacer; la primera vez que ese mismo bebé se acurrucó en el pecho sintiendo confianza.

Lo último que se desvanece es la suave voz de una amante de la que no se pueden olvidar los cálidos besos.

“No. Miedo no. Sólo confusión. Un drama tampoco. Tan sólo el miedo de saber que se necesita de alguien, pero no se sabe exactamente de quién...”.

El último trazo que se halló en aquella libreta de Alzheimer fue esta frase, repetida varias veces, y su nombre con vocales o consonantes faltantes. Incluso, un dibujo de los padres de Alois

confesando que confundía sus rostros con las imágenes de sus doctores o enfermeras, sin recordar que ambos habían muerto muchos años antes de que se convirtiera en reputado psiquiatra.

Ahora se sabe que también apareció en la última página de su libreta el garabato de un tren. No se parecía al elegante convoy impulsado por brea en el que transportó el cuerpo de la señora Auguste D., sino a una vieja máquina de vapor, recuerdo quizá de su infancia. Gracias a familiares, se supo después que se trataba en efecto de un tren de mediados del siglo XIX que recorría sólo algunas comarcas de Alemania, muy usado por las familias de la región donde nació Alzheimer.

Lo supieron no por el trazo bestial e infantil con el que aquel afamado doctor lo garabateó, sino por la sonrisa profunda con la que murió, producida por un último recuerdo de su padre llevándolo a conocer la Alemania Media cuando tenía seis o siete años, chispazo de memoria enlazada a aquella última célula cerebral aferrada al recuerdo más remoto e imperceptible de un ser humano: la remembranza de cuando se nace, de cuando se aprende en qué consiste respirar.

Estampa del olvido núm. 1: Clara Schumann

Incluso embarazada y con varios hijos bajo su cuidado, Clara Schumann tuvo que incrementar hasta el agotamiento sus giras y conciertos como la mejor pianista del siglo XIX, para solventar los gastos de su esposo, quien se mantenía internado en un hospital psiquiátrico tras intentar suicidarse un año antes, arrojándose al río Rin.

Aquellas tardes del 23 y 24 de febrero de 1855, en Düsseldorf, Alemania, Clara visitó a Robert Schumann y lloró. Recién había dado a luz a su octavo hijo pero él ya no pudo reconocer al bebé.

“Su mente está tan afectada que los médicos no albergan esperanzas de que pueda recuperarse en breve”, le advirtió el mejor amigo de Robert cuando Clara visitó al gran músico, tras aquella última gira para conseguir recursos.

Sin poder hablar, Robert le dio un fuerte abrazo apenas la vio entrar a su cuarto de hospital. Una chispa fugaz de reconocimiento, de esa memoria entre dos seres que se aman y que se aloja en alguna parte del universo, le hizo saber que esa mujer era Clara.

La conoció cuando ella había cumplido dieciocho años de edad, y desde el primer momento Clara se mostró resuelta con respecto a él, como lo dejó escrito en una carta dirigida a Robert:

... Aunque sus planes me parecen arriesgados, un corazón enamorado no se fija en los peligros... Le demostraré a mi padre que el corazón de una joven también puede ser firme...

Su Clara

Clara, con lágrimas debajo de sus cejas entrecortadas, recordaría aquel momento en sus vidas cuando Robert la reconoció de forma fugaz en ese hospital con todos aquellos años encima.

Al gran amigo de Robert le dijo:

— Créame, aquel momento fue como si en esa chispa de luz se hubiera albergado toda nuestra historia, todo nuestro inmenso amor. Estoy segura. Ese abrazo no lo cambiaría ni por todo el oro del mundo.

Mary Shelley (Villa Diodati)

Así uniría yo su incierta promesa
a tu adorado nombre, oh Niña del Amor y de la Luz...

PERCY B. SHELLEY
“La revuelta del Islam”

En un baúl, Mary encuentra una carta. La escribió su padre un 30 de agosto, al nacer ella, hace veinticinco años. El documento asegura que su madre murió de septicemia tras el parto, con tremendas fiebres, convulsiones y dolores. Las lágrimas de Mary manchan la hoja porque a esto se suma el recuerdo de Percy, su esposo, muerto sobre el lago Lemán no hace mucho. Cómo extraña Mary Shelley la mirada inteligente de Percy, el hombre que desde el primer momento logró cautivar sus hermosos ojos.

Cuando termina de leer la carta escrita por su padre, el filósofo y anarquista William Godwin, Mary escucha un carruaje llegar. En Villa Diodati el viento del lago hiela la ropa. A lo lejos, un visitante

de semblante distinguido impregna el ambiente (las nubes que acarician el agua). Éste es uno de esos lugares del mundo en el que el verano es frío y lluvioso, un sepulcro lacustre cuyas tormentas se posan sobre él tragándose todo, como le ocurrió al propio Percy, el Gran Poeta de la Patria, al ahogarse en el golfo de La Spezia. Villa Diodati es una magnífica casa que alojó hace no mucho a Lord Byron, hogar en el que Mary dedica todas sus fuerzas a recopilar los poemas de Percy para ensalzar su memoria tras su trágica muerte.

El visitante, *sir* Walter Scott, toca a la puerta principal, recargado en su bastón. Ha venido para desengañarse pues hay quienes en Europa dudan que Mary sea la autora de esa extraña novela que Byron le regaló a Scott en Escocia. *Sir* Walter cree, como muchos, que la obra de esta joven puede ser un plagio de algún trabajo de Byron, Polidori o el propio Percy. Es casi imposible, argumentan, que una mujer se ocupe de temas metafísicos en la literatura. Incluso, *sir* Walter Scott apostó con sus amigos sobre ese tema en Edimburgo.

Sir Walter se arrellana en un sillón en espera de que la joven viuda, de melancólica mirada, nariz aguileña, labios rectos, cabellera castaña y figura media, traiga el té. Mary no se siente bien pero ha accedido a recibirlo dada la investidura de Scott, quien la recorre de cabeza a pies con la mirada. Le gustaría comprobar que ella no escribió esa novela pero sabe que cabe la posibilidad puesto que por las venas de Mary corre la sangre de dos de las mentes más claras del siglo pasado: no sólo William Godwin sino la talentosa escritora Mary Wollstonecraft, autora de *Vindicación de los derechos de la mujer*, argumentación en la que amonesta a los hombres y a

las de su género y propone un nuevo estado de cosas para la condición femenina en el mundo. Hoy, en toda Europa, sin dejar de contar la América británica, el nombre de Mary Shelley comienza a brillar lo mismo entre la nobleza que en el vulgo, no sólo por ser hija de aquéllos, sino porque algunos consideran que sus habilidades en la escritura superan a las de muchos hombres.

Scott la ha visitado no como el encumbrado escritor que es, sino como reseñista de la *Blackwood's Edinburgh Magazine*. En esa revista, creyendo a Mary Shelley el seudónimo de un hombre, Scott escribió: “El autor de *Frankenstein* parece revelar una insólita capacidad de imaginación poética... En su conjunto, la obra nos transmite una elevada idea del genio original del autor y de su vigorosa capacidad de expresión. Nos complacerá saber qué había inspirado al *paulló mallora*, y entretanto, dar la enhorabuena a nuestros lectores por una novela que suscita nuevas fuentes de reflexión...”.

En Villa Diodati, Mary se prepara para responder cualquier pregunta que le dirija Scott, quien en efecto mira en la esposa del fallecido Percy B. Shelley “sublimidad, amor, genialidad, sensibilidad y talento”, como se la describió el propio Lord Byron al regalarle en Escocia el *Frankenstein* de Mary. Scott lo confirma mientras un niño, el hijo que Mary tuvo con Percy, abraza las piernas de su madre.

Es cierto. En ella, Scott percibe a una mujer de extraño espíritu que “ve la verdad de las cosas con irresistible rebeldía y sublimidad de sentimientos”, como lo divulgó Percy en un diario que ahora Mary le muestra a Scott, y en el que en alguna de sus páginas describe por qué el Gran Poeta de la Patria abandonó a su exesposa para estar con Mary:

En el mes de junio llegué a Londres para resolver con Godwin unos asuntos... Ahí conocí a su hija Mary... Es amable, incluso tierna y comprensiva... Creo que no hay excelencia humana que ella no posea... Había olvidado la suavidad, la inteligencia y la delicadeza de una mujer culta... Ya no era posible practicar el autoengaño, creí que ya no me quedaba un asqueroso deber por cumplir: seguir engañando a mi esposa...

En dicho documento, Percy también transcribió el detalle de la fuga con Mary:

Diario, 28 de julio de 1814

Anoche, ya todo decidido, ordené que prepararan un coche para las cuatro en punto. Temí que no lo consiguiéramos... quedaba un cuarto de hora. Qué espantoso me resultó ese tiempo; parecía que jugábamos con la vida y la esperanza... pasaron unos minutos y la tuve en mis brazos; estábamos... camino de Dover...

—Señora —interrumpió Scott, dejando de lado el diario mostrado por Mary y considerando de alguna manera que seguir leyéndolo era una intromisión a la intimidad de la viuda y a la del difunto poeta—, quisiera ir directo al tema que me trae aquí y excusarme por esta pregunta que le voy a hacer, pues debo ser el portavoz de quienes dudan si los poetas Shelley o Byron obraron alguna influencia o modificaron algún esquema de fondo o estilo de esa extraña metáfora a la que ha dado usted por nombre *Frankenstein*. Le aclaro, sin embargo, que yo rechazo esta hipótesis incluso cuando el propio

Lord Byron me refirió que la suya era una obra maravillosa, casi improbable para una muchacha de diecinueve años, como fue su caso al momento de la publicación de su magnífica novela, pero como ya dije, es mi obligación esclarecer el hecho.

—*Sir* —ahora Mary le responde, enviando a su hijo a jugar a un cuarto contigo—. Le agradezco su visita y al mismo tiempo que me realice esta pregunta que yo misma he oído de quienes dudan del talento que de mis padres he heredado. Permítame contarle que cuando hice mi primer viaje con Percy en 1814 solíamos leer juntos la obra de mi madre. En Francia leí junto con él la primera novela de ella, titulada simplemente *Mary*. De esto se desprende, amable señor, que más que influencia de Percy o Byron, seguí la naturaleza de mi herencia materna y el pensamiento racional que me inculcó mi padre, quizá, muchas veces con dureza. Si a alguien debo el desarrollo de *Frankenstein* es a la idea de persecución que mi papá escribió, quizá de manera incipiente, en su *Caleb Williams*...

—¿Quiere decir usted que entonces el *Caleb Williams* de William Godwin es el origen de su *Frankenstein*?

—No tan radicalmente como eso. Debo decir, si me permite aclararlo, que la idea original de *Frankenstein* surgió en esta misma casa en la que tengo el gusto de recibirle. Fue en el verano de 1816. Percy y su servidora conocimos a Byron en Ginebra, por conducto de mi hermanastra Claire. Como consecuencia, Byron invitó a mi esposo y una vez aquí, congeniaron de inmediato. Se pasaban el día entero conversando acerca del lago y la magia que la naturaleza despertaba en el espíritu humano moderno. Shelley le recitó de memoria el *Fausto* del ministro de educación de Prusia, Johann Wolfgang von Goethe. Nosotras leíamos plácidamente en la Maison

Chapuis, que es aquella casa que se puede divisar desde aquí mismo. Corría julio y comenzó a llover. Tuvimos que suprimir los paseos en barca por el clima y no tardamos en encerrarnos en esta casa, que alguna vez hospedó al inmortal John Milton. Las tertulias eran divertidas y duraban hasta tarde. Una noche, la plática giró hacia los temas favoritos de Percy: lo sobrenatural y la ciencia. Byron platicó sobre el invento del médico Galvani quien logró, si no mal recuerdo, experimentar con los músculos de las ancas de rana para descubrir que una corriente eléctrica podría contraer aquellos ligamentos muertos como si estuvieran dotados de vida. Esa anécdota me hizo fantasear que en un elemento de la corriente eléctrica podría alojarse de alguna manera un soplo de vida a semejanza de la energía pura que desprende el sol. Esa noche hubo tormentas y se agudizó el ambiente que sentíamos a la luz de las velas. Después de un té, a las doce en punto, empezamos a hablar de fantasmas en serio. Recuerdo que Byron recitó unos versos del *Christabel* de Coleridge (*And life is thorny; and youth is vain / and to be worth with one we love / doth work like madness in the brain...*) y Shelley se llevó las manos a la cabeza. Cuando se calmó, Byron dijo retándonos: “Cada uno de nosotros escribirá una historia de fantasmas”. La propuesta fue aceptada con entusiasmo. El reto asumió carácter personal pues pocos días después llegó otro amigo de Byron, el escritor de historias sobrenaturales *Monk* Gregory Lewis, quien en los días subsecuentes me reveló los misterios de su oficio.

—¿Cuando menciona a Coleridge, se refiere al poema de su personaje Geraldine, la mujer que se alimenta de otras almas de su propio sexo, una no-muerta?

—Precisamente. A él lo conocí en mi infancia. También leímos un extraño libro titulado *Phantasmagoriana*, que refería terribles historias de fantasmas de origen alemán. A la velada asistió asimismo John Polidori, el doctor de Byron, quien nos disertó sobre una superstición muy extendida en la región de Serbia y Grecia. Se trataba del caso de un militar que en Casovia había sido asediado por un no-muerto, al cual lograron ahuyentar comiendo tierra de su tumba y restregándose la piel con su sangre. El doctor Polidori insistió en que tal hombre se había convertido en un no-muerto a los treinta días de su deceso y fue hasta que un *hadagni* cortó su cabeza y quemó los restos que la comunidad logró vivir en paz. Como usted sabe, distinguido *sir* Walter, es sobre ese relato que Polidori escribió *El vampiro*, que terminó, me consta, casi en tres días, en junio del 16, y el cual fue publicado hasta 1819, con la firma de Lord Byron, error de la imprenta que sumió en profunda tristeza a Polidori por varios meses hasta que se agotaron esos ejemplares y se pudo hacer otro tiraje con el nombre que correspondía.

—Disculpe mi insistencia, señora, pero me llama poderosamente la atención que aquel reto haya sido detonado por el extraño poema de Coleridge...

—Así es, *sir*. Un poema extraordinario, ¿no lo cree? ¿Desea más té? ¿Está cómodo? ¿Puedo ofrecerle algo más?

—No, gracias, señora. Me gustaría preguntarle cuáles fueron los relatos que cada uno escribió aquella famosa noche, pues hay quienes ya integraron una edición, supongo ilegal, de esos supuestos cuentos que circula por Edimburgo y otras ciudades, incluyendo “El sueño”, que según reza la introducción, “da origen al mito de *Frankenstein*”. También se integran *El vampiro* de Polidori, que ya

ha mencionado, “Los asesinos” de P.B. Shelley, y “El entierro” de Lord Byron.

—Dudo de la seriedad de la publicación que usted me refiere, de la cual ya me han hablado, pues Percy dejó inconcluso “The assassins” en 1814. Ya he referido el caso de *El vampiro*, que algunos creen deriva de “El entierro” de Byron, relato que, para ser sincera, tampoco encuentro por ningún lado “sobrenatural” y no creo que Byron lo haya comenzado aquel día, sino mucho antes. Reitero, esa edición espuria no es más que la apuesta de algún vividor que lucra con el esfuerzo ajeno. Además, señor, si me permite, tengo razones para creer que los relatos de Lord Byron y de Percy B. Shelley, derivados de aquella charla, no se terminaron nunca. Yo creo que esa plática derivó, en el caso de Byron, en el poema “Las tinieblas”, que dice: “... oscilaba ciega y ennegrecida en el aire sin luna [...] hasta que de su mutuo horror murieron —el hambre había escrito demonio [...] los vientos se marchitaron en el aire paralizado, y perecieron las nubes: no las necesitaban / las tinieblas: ellas eran el universo—”.

—¿Quiere decir, señora, que *Frankenstein* fue el único de esos relatos que trascendió en una forma realmente más acabada?

—Me halaga su observación pero no podría asegurar que fue el único escrito que vio una forma terminada, mucho tiempo después por cierto, ya que nunca vi en qué terminó el relato que escribió Monk Lewis y creo que nadie lo ha visto hasta ahora. Estoy segura que el cuento de Lewis debe estar olvidado por ahí y quizá alguien lo descubrirá, causando una mayor admiración que la que pudiera haber generado mi *Frankenstein*. El cuento “El sueño” lo escribí bastante después de aquella noche. En cuanto a *Frankenstein* puedo decir respondiéndole que la idea del monstruo simplemente me poseyó y me

guio con imágenes que surgían en mi mente con una intensidad que estaba más allá de las fronteras de mi propia imaginación. Las escenas aparecieron ante mí de una forma natural (o sobrenatural, si lo prefiere). Ya lo he dicho en otra entrevista: “vi claramente al pálido estudiante, Víctor Frankenstein, arrodillado al lado de aquella cosa que había conseguido ensamblar. Me lo imaginé con una enorme fuerza, que dio señales de vida, y se agitó con un torpe y vital movimiento. Así lo soñé a la siguiente noche de lanzar Byron su reto. Supremas y espantosas deben ser las consecuencias de cualquier tentativa humana de imitar el asombroso mecanismo del Creador del mundo... Y es que desde que escuché a Byron, lo supe bien, quizá un cadáver podría ser reanimado... Recuerdo que meses después, casi al finalizar aquel relato (lo terminé por completo el 14 de mayo de 1817), terminé de pintar y escribí una nota a Percy: ‘Acabé ese cuadro tedioso y horrible en el que llevaba trabajando tanto tiempo; también he terminado el cuarto capítulo de Frankenstein, que es muy largo y creo que te gustará...’. Percy lo tomó, me miró, sonrió y me recomendó escribir un prefacio que terminó redactando él mismo”.

—Agradezco, señora, lo preciso de su informe, pues esclarece lo que algunos insisten en mirar turbio y oscuro, impidiendo a la Historia ser puntual y justa pues hay quienes ven ya en su obra un hecho sin precedentes en la tradición literaria de Inglaterra. Incluso el dramaturgo Washington Irving, de origen americano, se ha declarado su ferviente admirador. Lo mismo hizo T.S. Eliot. Me gustaría saber cómo se siente con estos reconocimientos una mujer que se ha abierto camino a fuerza de talento y cultura, pero sobre todo a partir de la inteligente sensibilidad...

—Primero que nada, quiero aclarar que aunque el señor Irving y yo sostenemos una relación de amistad, no soy capaz, como varias personas groseramente se han atrevido a suponer, de mantener una relación sentimental siquiera cercana a la que sentí por mi ahora difunto esposo, Percy B. Shelley, ya que pocos pueden superar la inteligencia de alma del padre de mi hijo. Juzgo esas acusaciones como lastimosas maledicencias. Y al decir esto espero no sonar incorrecta. Aún veo en nuestro hijo todo cuanto una mujer puede haber deseado del amor de un hombre. Ahora estoy entregada por completo a editar la obra poética de Shelley, puesto que en la mayor parte de su creación, estuve allí presente. Estoy convencida de que esa revisión mostrará la bondad de un hombre que no será igualado por ninguno en nuestra historia. Es verdad que a veces me resulta un reto seguir la vida adelante, pero mi hijo me ata a ella. Eso, y el recuerdo de su padre, alivian mi dolor. Aun así pude ver ya en este mismo julio y agosto de 1825 mi *Frankenstein* en los teatros de Londres. Mi corazón encuentra con ello un poco de descanso y alegría. Ahora preparo, por petición de mis editores, una segunda edición de la novela, en la que suprimiré el epígrafe del *Paraíso perdido* de Milton, para no caer en lo obvio. Sigo escribiendo todo el tiempo y no necesito de ningún otro hombre, y no se mal entienda, de ningún tutor. Trabajo también en la *Cyclopedia* de John Murray, con artículos sobre las conquistas de México y Perú, y eso me es suficiente en cuanto a lo económico. En la medida de mis posibilidades, el trabajo, que debe ser igualmente accesible al talento de una mujer que al de un hombre, como ya lo escribió mi madre en su momento antes de morir, me permite pensar en que no estoy por completo sola, en que Percy me acompaña, en que nunca ha dejado de estar conmigo...

—Justo ésa es la última pregunta que deseo hacerle, excelentísima señora, rogándole me disculpe lo soez de mi planteamiento. Pero es que hoy, hace apenas tres años, murió para desgracia de toda la nación su talentoso esposo; hace cuatro, John Polidori, y el año pasado, Lord Byron. El propio *Monk* Lewis murió apenas dos después de aquella insólita reunión nocturna en esta hermosa casa del lago Lemán. Sólo usted queda, señora mía, de aquella reunión que dio origen a tan extraordinarios trabajos literarios... ¿Qué piensa usted de la vida si ésta parece trascender y depender solamente de la misma muerte?

—En efecto, *sir* Walter, su pregunta me inunda de pesar y dolor. La muerte para mí es una sombra que se yergue sobre mi alma y mi cuerpo desde que nací. Hoy justo antes de su llegada recordaba que mi propia vida requirió de la muerte de mi madre. Antes de tener a mi hijo Percy, perdí hace seis años a mi hijo William y hace siete, a mi hija Clara, de quienes no quisiera abundar por el terrible dolor que me inundaría al hacerlo; antes de ellos, hace diez años, también falleció otra niña: ése fue el inicio de mis desgracias. Recuerdo que me desperté para darle de comer de mi pecho pero parecía dormir de manera profunda. Ya estaba muerta, pero no lo supe hasta la mañana siguiente... Percy temía que la leche contenida en mí me provocara fiebres porque estaba acostada y pensaba en la criatura fallecida todo el día, como ya lo he descrito en otra entrevista que me han hecho. Hoy sigo en ese ánimo porque a pesar del trabajo y las múltiples ocupaciones que debo desarrollar, la ausencia de mi esposo se ha vuelto aguda e insoportable. Por esa razón, mi corazón está inundado de amargura. Sin embargo, mi

querido señor, creo que Percy continúa siendo mi estrella en el firmamento, porque el poder del amor mutuo conforma en sí mismo un destino poderoso.

—Señora mía, quisiera no seguir importunándola, y menos continuar preguntándole este tipo de cuestiones en aras de un periodismo al que no le importa en sí mismo la esencia de las personas. Sólo dígame, ¿cómo imagina usted que sus lectores futuros entenderán su obra, digamos tal vez dentro de diez o treinta años? Como hemos dicho, ha sido ya puesta en escena en Inglaterra y habrá otra edición...

—Nunca he sabido con certeza qué características tiene una obra que traspasa el tiempo. No sé en qué consiste el olvido porque al menos en cuanto a Percy, su memoria destella a cada minuto en mi ser. Por eso pedí que su corazón fuera extraído antes de su cremación para que permanezca conmigo hasta el día de mi muerte. Es una forma de rehuir al vacío, de perpetuar su vida, ya que no hay manera de saber si nuestras letras y nuestro recuerdo permanecerán. Eso es algo que usted, admirado *sir* Scott, ha superado, pues ha conseguido ya rebasar la cruel desmemoria con su *Ivanhoe*, estando usted, para fortuna de todos, vivo. Aun así, estoy cierta que lo conseguirá también la obra del propio Shelley, la de Byron, la de Leigh Hunt o la de Charles Lamb. Pero no sé si lo logrará mi *Frankenstein* o la novela que publicaré gracias a la generosidad del editor Henry Colburn, a la que he puesto por nombre *The last man*. No alcanzo a comprender cómo una obra que ve la luz surgida de su mismo caos puede llegar a hacer que la gente se sienta atraída y que permanezca en su pensamiento para siempre. Ya lo he dicho en otra entrevista que no recuerdo si la concedí o la conjeturé: “No puedo imaginar siquiera

un devenir o si caeremos los escritores de esta época en el desprecio de quienes tengan aún más exigencias en cuanto a la imaginación. Sé que no serán pocos los que exijan que (yo) extienda la historia a la contraparte femenina, por ejemplo. Tal vez no faltará quien imagine que la criatura buscará ser encontrada y cazada de nuevo; otros más querrán narrar fábulas de científicos desquiciados por mantener con vida una parte del cuerpo mutilado; o quienes cuenten groseras historias de hombres deformes en espectáculos fatuos; no faltará quien descubra acrósticos en el nombre de Víctor Frankenstein”. Querido *sir* Scott, a qué pedir clemencia del tiempo y de los que están lejos de nosotros: ellos no sabrán cómo hemos sobrevivido a la indiferencia y a las circunstancias que nos permitieron crear estas historias...; ellos no sabrán que estamos cansados de la vida y que no deseamos volver a experimentar dolor, que no queremos pisar de nuevo esta tierra sino un lugar donde sólo reine el amor, un lugar donde, al menos yo, pueda permanecer tranquila, junto a Percy, mi hermosa mitad del amor y de la luz...

Estampa del olvido núm. 2: un hombre anónimo

En silencio el hombre bebe otro sorbo, pero no dice nada. Con desolada mirada, relee las cartas que Clara Schumann le escribió al mejor amigo de su esposo contándole de su angustia por la enfermedad del compositor. Pronto, él, quien lee, compartirá el destino de Robert. Tampoco podrá escuchar nada ni reconocerá a nadie. También una enfermedad, parecida a la de aquel enorme músico, lo convertirá en fina lluvia, en un débil recuerdo sobre el aire. También él perecerá antes de lo previsto por la enfermedad del olvido. Luego de saber la historia de Clara y Robert, resuelve que escribirá un libro sobre ellos.

Ha decidido que la brisa no se los llevará tan fácilmente. Ni a los Schumann ni a él.

En la actitud de Clara ha encontrado la convicción de que la nada sólo puede vencerse con la palabra.

Romeo en Mantua

Sólo lo verdadero merece amarse.

BOILEAU

1

Julieta, Verona, Saint Francesco al Corso

Un grito inunda el ataúd. Sollozos rompen el viento negro. Unos dedos delgados, rotos e infantiles rasgan la madera. Sus ojos reniegan de sus escasos catorce años en los que sólo ha podido conocer el amor y la muerte. El aire se termina. Se le agolpan en el pensamiento los rostros de su padre y su madre, la tierna mirada de su nana, las sonrisas de sus amigos, de todos quienes la han acompañado en este mundo. Y en boca de Julieta, una última pregunta:

—¿Por qué...?

—¿Es el amor una cosa tierna? —dice la sombra, sentada sobre el ataúd que aprisiona a Julieta, quien araña la madera desde adentro. Y justo cuando hunde el cincel para liberar a la chiquilla de su aterradora cárcel, aquel ser oscuro interrumpe la faena pues una reflexión invade su mente: *¿No es acaso el motivo final de toda existencia encontrar la parte separada de uno mismo que devuelve la complitud?* Y reflexionando aún más, medita atrayendo un pensamiento de un tiempo que no le corresponde, sin importar que a la joven se le acabe el aire: *Cuánta pobreza de espíritu la de dos enamorados que no luchan por su amor pues, ¿no es acaso éste el primero de los derechos divinos?* Aquel ser usa el pensamiento de un filósofo de otra época, quien ha dicho: *En cuanto a mí, nunca he comprendido cómo dos que se aman y creen hallar en ese amor la felicidad suprema no prefieren más bien renunciar a una aventura más allá de la cual no imaginan que exista más...* Estos jóvenes tal vez ignoran —dice aquella sombra enterrando el cincel— que coincidir en el tiempo es la menor de las probabilidades en la matriz del universo... Y diciendo esto hunde un brutal torbellino de aire en el ataúd lleno de uñas y nudillos rotos de una niña cuyos ojos tiemblan al verle, mientras un grito desesperado sale de sus labios. Y sí: nunca mausoleos humanos han escuchado un sonido semejante, pues, ¿cuántas personas pueden decir que han sentido la luz que divide la vida y la muerte gracias a una ráfaga de viento?

2

Romeo, calles de Mantua

Enséñame a dejarte de pensar, dice Romeo. Quiere mi negra suerte que consagre mi amor al único hombre a quien debo aborrecer, Julieta contestando, él insistiendo: Acaso la pasión buscará medios y ocasión de manifestarse. Ella defendiéndose: Así es el alma humana: dos monarcas imperan en ella, uno la humildad, otro la pasión... No juzguéis ligereza este rendirme tan pronto. Y Romeo: Los labios de los santos son para rezar... Julieta: Tal vez tus rojos labios me purifiquen, pero no... Romeo replicando: ¿Pecado? ¿Acaso el santo no escucha con serenidad las súplicas? Ella: Ángel de amores que a la mitad de la noche te me apareces. Y él: ¿Debe mi alma padecer el implacable rigor de tus desdenes? Julieta finalmente: No jures por la luna que en su rápido movimiento cambia de aspecto cada mes...

3

Julieta, Verona, Saint Francesco al Corso

La sombra: se descubre. La escena que protagoniza aquel ser es un lienzo suspendido en el que la joven toma de manera violenta las ropas de su salvador.

—¡Fray Lorenzo, Dios mío... Es usted...!

—Hija, todo esto es culpa tuya...

Las palabras chocan en las paredes cuando el religioso, que ha hundido el cincel en el poroso féretro de Julieta, enciende una antorcha para abandonar la cripta con Julieta en brazos, provocando que la escena estalle en colores. Pero lo más extraordinario de todo ese ambiente es el sudor de ese hombre cuya caída sucede con pasmoso detalle hasta tocar el piso y extenderse sobre la faz de la tierra... O al menos así lo siente Julieta.

4

Romeo, una choza en Mantua

En Mantua, Romeo espera noticias. Ignora si el fraile ha logrado sacar a Julieta con vida de Verona, como lo planearon. Pero su fiel sirviente, que llega agitado, confirma lo que comenta ya todo el mundo: que Julieta está muerta y enterrada en el mausoleo de los Capulet. El fraile ha sacado a Julieta algunos minutos después de su entierro sin avisarle una palabra a nadie y menos a Romeo, quien ha renunciado ya a la esperanza de verla viva, con el calor asfixiándolo oculto, huyendo del odio, como una rata en Mantua. En su pensamiento sólo su recuerdo: *Con tal de que pueda volver a verla, o llamarla, no temeré ni siquiera a la muerte.* Y sintiendo la más sublime de las pasiones: *Tú eres mi día en medio de la noche.* Y el cabello de Julieta en su pecho: *Enséñame a perder en el blando juego.* Extrañándola: *Tierra, vuelve a la tierra.* A Romeo doliéndole la desconfianza de Julieta, quien le revira: *Los hombres todos unos en traición y dolo. No hay en ellos verdad, no fe, no constancia.* Él defendiéndose: *No me detendré en mi amor ni en la muerte ni en la*

distancia, lo juro. Lo juro dos veces. Julieta replicando: Jura mejor por tu gracioso ser que es el dios de mi idolatría y os creeré.

Es así que: cuando Romeo se entera de que Julieta yace en el sepulcro, vierte su rencor hacia la humanidad entera: *Puede que sean más negras y feroces mis intenciones que tigres hambrientos o mares alborotados...* “¡Día infeliz! ¡Día aciago! ¡Día maldito!” , se escucha en las calles de Mantua. *¡Por qué el cielo ha de emplear todos sus recursos contra ser tan débil como yo!*, reclama. Y lo declara de forma abierta: *Antes de negar este amor deberías recorrer un camino infestado de bandoleros, dormir entre sierpes y osos... o enterrarte con un cadáver reciente...*

5

Julieta, Verona, Saint Francesco al Corso

En su tumba, antes de desfallecer, Julieta reflexiona sobre lo que ha hecho mal. Su respiración es lenta, sus lágrimas se han terminado. Su cuerpo estuvo ahí listo para atraer a Romeo. No tuvieron que madurar para saber que pertenecían el uno al otro. A cualquiera le costaría casi toda la vida encontrar a su igual y quizá no le bastaría para lograrlo. Julieta está a punto de no superar su prueba. Ha tenido miedo. Va a desvanecerse en la infinitud de los tiempos, en el más completo olvido de lo que fueron ambos. Sin Romeo. *Este capullo de amor, madurado por el hálito ardiente del verano, tal vez se haya convertido en hermosa flor cuando volvamos a encontrarnos... Lo*

sabe: no tuvo valor para imponer su deseo, para huir de su familia cuando Romeo se lo propuso. Cobardía: mal de males. La ráfaga de aire que entra en sus pulmones es insoportable. El excéntrico fraile de negro atuendo que se ha sentado sobre su ataúd, lento como una sombra, ha venido a rescatarla...

6

Romeo, una choza en Mantua

Romeo, ignorante de la suerte que corre Julieta y que ha sido rescatada por el fraile, se reprocha el imperio que la joven ha causado en su ser. Mantua le oye decir: *¡Oh Julieta! Tu belleza me ha afeminado*. En Verona prometió: *Me casaré con ella a como dé lugar*. Pero Julieta ha querido esperar a que las dos familias se reconcilien: reparar lo que está roto.

—¡Cuánta soberbia! —dice Romeo—, ¡tu voz jamás tendrá eco en esta época ni en otra!

7

Julieta, Verona, casa de los Capulet

Te amo, asegura Julieta antes de tomar la pócima que la llevará al letargo con pulsaciones de corazón imperceptibles que todos juzgarán su muerte, confiando en el plan que el fraile ha planteado. Fingirán que ha fallecido para que alcance a Romeo en Mantua. Es por esa razón que en el corredor los criados gritan: *Julieta, señorita*,

mi niña, despierte. Y su madre: *¡Julieta, hija mía, qué te hemos hecho!* Lo que se suma a la sorpresa del padre: *¡Qué es tanto escándalo que no dejan dormir!* Creyéndola muerta la han enterrado apenas un día después en el mausoleo familiar donde yace su primo Teobaldo. La cripta llena de espectros se inquieta con una nueva residente. Julieta se ve envuelta en gritos invisibles de almas cercanas al ataúd donde yace el cuerpo de Teobaldo y en el que otros espíritus tampoco saben lo que pasa. Julieta: una niña que desconoce a qué lado pertenece su desconcierto...

8

Julieta, una abadía en Stratford-upon-Avon

Cuatro religiosas festejan el color de Julieta en sus mejillas. Tras rescatarla, el fraile la ha llevado hasta Inglaterra, sin decírselo a Romeo. Quiere poner a prueba ese amor. Saber qué hará Romeo al enterarse de que Julieta está muerta, pero a ratos, ella despierta. Las monjas mantienen su vida con sangrías y vino que la chica sorbe sin fuerza. Está más delgada y sólo un par de uñas le ha crecido. Otras mostrarán para siempre la huella de la desesperación. A pesar de todo, está viva. Ni Verona ni Padua ni Como fueron lugares seguros. Por eso fray Lorenzo siguió con ella el margen del Sena a la Alta Normandía y luego al burgo de Girolamo Bellarmato en cuyas iglesias pudo conseguir dinero para embarcarse enseguida a Wight, en Inglaterra ya, y alcanzar Northampton rumbo a Birmingham: justo el camino de la lana y comercio ingleses. En el margen del río Avon todo es calmo. Aquí fray Lorenzo no es ningún desconocido.

Con las religiosas Julieta la pasará hasta recuperar la salud. Tiene los pulmones y el ánimo deshechos. Las monjas la han tomado como a una hija, y cuando algunas saben de su historia, se solidarizan en secreto con ella, imaginando amores propios. No obstante, otras no la aprueban. Julieta ha abierto los ojos pero no recuerda con claridad ni quién es ni qué hace. La falta de aire en el sepulcro le ha afectado el entendimiento o la memoria, que, al final de cuentas, pertenecen a la misma clase de fenómenos. No recuerda de momento a Romeo. No con todo el detalle. Se ha sumido en un olvido transitorio. Y hace bien porque él, suponiéndola muerta, se ha hecho matar en Mantua por los soldados de Verona. Sí. Julieta recuerda poco, pero hay un sentimiento sobrenatural que la obliga a romper en llanto.

9

Romeo, una choza en Mantua

Romeo tiene la daga en el cuello. Su instinto le grita que se defienda pero no lo hace. Hace algunos segundos la puerta ha sido derribada de forma violenta. Afuera en efecto hay soldados tirando antorchas sobre el techo. En pocos minutos la choza arderá con rapidez y su vida se extinguirá en volutas de humo. Una lágrima brota sin su consentimiento: el veneno que ha tomado minutos antes para no dejarse atrapar le corroe las entrañas. No sabe qué le duele más: que Julieta esté muerta, que su criado esté siendo apuñalado a manos de los hombres del Príncipe o que no le hayan engañado: en efecto le han vendido el líquido más mortífero de los lagos del Mincio tras saber del entierro de Julieta en Verona, donde, le han

dicho, ha intentado suicidarse con una pócima similar, creyéndose abandonada. La muerte se ciñe sobre Romeo por un falso rumor pues, como se ha dicho, Julieta no está muerta y él ha creído todo lo que le han dicho. Así, una daga le cercena el cuello. Un soldado ha interpretado sus manos temblorosas como un acto de resistencia. Y cuando el filo corta su garganta, con todas sus fuerzas, Romeo reza por otra oportunidad. Antes de exhalar se alcanza a escuchar una frase: *Te amo*. Es una historia vivida muchas veces: en Babilonia, en Grecia, en un lago en lo alto de América del Sur, en todas partes...

10

Julieta, Mantua, cementerio de la Concattedrale di Sant'Andrea

Han pasado sólo dos años de la muerte de Romeo pero Julieta los siente como toda una vida. Hoy ella está en el cementerio de Mantua. Quiere comprender con precisión qué fue lo que sucedió. Siente resignación. No sabe que de este lugar Romeo no se ha movido un ápice. En efecto, está escrito: *durante siete días el alma va de su casa a su tumba*, pero él ha querido esperarla mucho más. Ha deseado verla atravesando montañas y lagos para decirle algo. Después de todo, ¿no aguardará mucho más en la eternidad para volver a mirarla? Romeo ha estado meditando, evaluando. Cuando la ve llegar, el contento de su espíritu se manifiesta en forma de viento. Julieta voltea hacia todas partes buscando la tumba de Romeo, por lo que éste espera a que Julieta la encuentre y se serene. Quiere decirle desde su forma espectral que ambos han sido cobardes, que nunca Julieta debió aspirar a la reconciliación de las familias.

Que él debió arrebatarla y no esperar a que el fraile cumpliera o no el acuerdo. Ella sueña estas palabras al dormir sobre la lápida pues el tierno sol de la tarde la ha rendido. La tierra se levanta en remolinos que no proceden más que de los ojos tenues de Romeo. Julieta ha percibido en su sueño la voz de él que se despide por última vez. “Hemos hecho mal”, ha susurrado esa voz. Julieta no lo ha escuchado, pero Romeo sabe que han fallado en la única misión que tenían por concretar. Es cierto, se dice, llegará el día *en que un hombre y una mujer, iguales a nosotros, tocarán este amor, y aún tendrán fuerza para quemar las manos que lo toquen...* Y es que en ese instante Romeo comienza a dudar que Julieta en verdad sea su media mitad. La duda inunda el infinito. Es también el día en que ella comienza a cuestionarse del sentimiento entre ambos, una sensación que se transforma en otra cosa, en un deseo que los separa más en la trayectoria del destino. Y cuando por su parte Romeo termina de formular tales pensamientos, su alma ligera se diluye al caer de las hojas, dejando atrás a una Julieta que en vida tardará mucho en entender qué ha pasado, quizá olvidándolo para siempre, sin posibilidad ambos de encontrarse nunca más.

John Faust

El hombre sólo se extravía mientras
está buscando su objeto.

GOETHE
Fausto

Si bien Johannes Gutenberg (Johann Gensfleisch zur Laden) presentó a la sociedad de Maguncia su invento llamado “imprensa de tipos móviles”, quiero dejar constancia de que el señor Gutenberg basó su sistema de impresión en lo logrado por un también originario de Maguncia de nombre John Faust —de oficio alquimista—, quien fue apresado por las garras del máximo monarca francés, al que todo mundo conoció con el mal nombre del Rey Araña.

Dicho hombre, John Faust, fue perseguido bajo los cargos de brujo, y según algunos, del mismo demonio. Semejantes acusaciones suenan quizá excesivas, pero John Faust fue encarcelado, apareciendo al otro día, dentro de su celda, muerto de forma poco común.

Loco y desgarbado, John Faust se había entregado desde tiempo atrás al ejercicio de la magia convencido de que en el conocimiento del espíritu, y de la palabra, se puede encontrar la mejor forma de explorar el mundo.

Por eso Faust trabajaba en una habitación estrecha e insalubre, de bóveda elevada, pues su magia pretendía ser una fuerza que buscara explorar las profundidades del universo, forma de conocimiento en la que el hombre entra en contacto con la esencia de los sucesos. En su idea, mediante la palabra se podía provocar que las cosas pasaran: atraer al ser amado, hacer un mal o un bien, retardar la muerte, hacerse de poder.

Faust sabía de semejante concepto pues lo había leído en un antiguo compendio de hechicería. Por eso, al descubrir la posibilidad de reproducir las letras por medios mecánicos al conocer un buen día en las afueras de Maguncia a un comerciante chino que le vendió un método para imprimirlas en papel de trapo, hecho a base de ropa macerada, madera, agua, cal y harina, no dudó en pensar en la multiplicación del mundo como la manera tan ansiada por los antiguos de perpetuar lo humano.

Aquel invento consistía en una máquina rústica, imprenta portátil que funcionaba con principios simples pero que nunca se había visto en la Europa occidental. Para dominar su funcionamiento con exactitud, John hizo todo lo que le indicó el oriental: debía modelar al revés las letras del alfabeto en tablas de madera en bajorrelieve y untarlas con tinta de betabel, limpiar el exceso y voltearlas sobre el papel de trapo de la misma manera que hace una pala plana sobre la tierra dejando su huella. El chino le hizo incluso una demostración con unas “tablas de impresión”, que

no eran otra cosa que pequeñas camas de madera portátiles con tres o cuatro dibujos en bajorrelieve del alfabeto de su país que significaban “arriba/abajo”, “amor/locura” o “cielo/infierno”. El chino las untó con una tinta que más bien era de cochinilla y las presionó sobre unos pliegos duros y groseros de papel de trapo. De esa manera, demostró el artilugio. Apenas lo entendió, Faust miró en aquello un portento sin precedentes, sólo cercano a los secretos de la alquimia y gastó en aquel método el dinero que poseía, pensando en una empresa mucho más grande, descomunal, pero usando, se dijo, el alfabeto maguncino.

John Faust ensayó el método muchas veces, y con el paso de las semanas, al ver que la madera en bajorrelieve se desgastaba o astillaba, ideó casi como accidente, que las veintisiete letras del alfabeto de Maguncia y las cuatro del nombre de Dios debían grabarse no en madera, como lo había hecho el chino, sino en láminas de hierro, delineando el bajorrelieve con una barreta, en trazos negativos pero efectivos que poco a poco dieron forma en su anverso a las ansiadas letras, como en un invento descomunal del dios griego Hefesto. Pensando en esa deidad, consideró que debía usar varias placas amarradas a un tronco móvil también metálico, a manera de enormes brazos de un enorme pulpo, para tener mayor cantidad de hojas impresas, idea aparecida días antes en uno de sus sueños febriles. Faust pegaría el papel a las planchas móviles de metal que colgarían de aquel pulpo como en un carrusel mecánico y así obtendría muchas copias en un santiamén. Lograría con ello, como lo soñó e imaginó, imprimir decenas, centenas o quizá miles de hojas de una sola placa metálica para luego coserlas y encuadernarlas en cuero de macho cabrío para garantizar su total protección, pudiendo

así duplicar o centuplicar, como era su aspiración, el conocimiento del universo al que tuvieran acceso miles de personas, magia primigenia reservada a las divinidades, pues ya se sabe que hasta ese momento sólo la cúpula, Dios y los espejos eran capaces de multiplicar la Creación, la Palabra o la Destrucción del mundo.

Gastó los meses perfeccionando aquel procedimiento día y noche, haciendo sólo eso, sin trabajar en otra cosa, aprovechando la raquítica renta que le había dejado su familia, que hacía mucho tiempo lo había abandonado a su suerte.

Cuando logró perfeccionar aquella máquina que llamó por primera vez “imprensa de brazos (por la etimología *tipos* y *graphein*, es decir, impresión de textos o dibujos a partir de moldes) móviles”, tuvo que tomar la decisión más importante de toda aquella descabellada empresa: saber qué texto reproducir.

Pensó en imprimir las *Profecías*, escritas por un vidente de siglos anteriores, manuscrito que consiguió subrepticamente en Saint Rémy. Fue ésta la opción que más le atrajo. Le parecía extraordinario que al imprimirse las decenas o cientos de letras de aquellas oscuras premoniciones se pudiera conocer el futuro de todos los hombres. De aquellos manuscritos, le gustaba el versículo que decía: “Deben saber que llegará el día en que nuestros comportamientos, inquietudes, pecados y victorias, se convertirán en el yugo del Señor, y quien no esté preparado, perecerá”. No obstante, no halló sentido en la urgencia de imprimir aquel libro si según este mismo, la humanidad tendría su término hasta el año 2097. Todavía habría, se dijo, aproximadamente seiscientos cincuenta y siete años para que aquel documento pudiera ser reproducido por él, o por otros, sin mayor consecuencia para el género humano.

Sopesó imprimir el *Tratado de alquimia* o el *Manual de brujería*, dos textos escritos a mano que su familia había conservado y en los que se podía conocer todo el mal que es posible dirigir hacia el mundo, así que pensó que reproducirlos provocaría cualquier clase de devastaciones y guerras dado que los hombres tienden a la avaricia y al poder descomunal. Revelar los secretos de la transformación de las rocas en oro o la manera en cómo se hace sucumbir al enemigo a voluntad, reproduciendo el mal hasta el infinito y transformando a la humanidad al crear en consecuencia el propio infierno en vida, le pareció desleal, poco menos que desatar la caja de Pandora con todos los demonios adentro.

Queda claro que el primer libro impreso de la historia pudo ser cualquiera de esos tres legajos, si John Faust hubiera querido. Pero cometió el enorme error de preferir un cuarto: la Biblia cristiana, nunca por fe, que al cabo apenas si la tenía, sino para emprender una de las acciones más revolucionarias de la historia. En aquella época y aún en ésta, multiplicar el Santo Libro resultaba la peor herejía que alguien pudiera concebir, ya que la voz de Dios no podía repetirse en tanto divina. John lo hizo sabiendo lo que podía costarle aquello, pero no le importó dado que deseaba compartir con el mundo lo que juzgaba como bello y justo, pero también para comprobar que la verdadera alquimia está únicamente en lo escrito pues como dice la historia de la Creación: al principio fue sólo la Palabra.

Hay que señalarlo: John Faust siempre resultó extraño a Maguncia y a toda la Germania Superior. Se hacía acompañar todo el tiempo

por sus dos fieles perros: Miedo y Furia, ojos cabizbajos uno y mirada altanera el otro. “Tal vez Faust sea el Diablo”, decía la gente cuando lo veía pasar. “En la mirada de John se ve al ángel de fuego”, murmuraban todos.

Pero el fuego no llegó a sus ojos sino hasta el día en que corrió el rumor de que Johannes Gutenberg, hijo del herrero Gensfleisch (apellido que significa “carne de ganso”), experto en acuñar monedas y medallas, había anunciado la reproducción en papel de la Biblia con el mismo método que aquel chino le había vendido, evidenciando la doble transacción.

Gutenberg había advertido que reproduciría la Sagrada Palabra con un “mecanismo de su propia invención”, contando con la anuencia del obispo de Maguncia, amigo de su afamado padre, augurando así un enorme éxito. Su libro incluiría el Evangelio de Marcos de cuarenta y tres folios y cuarenta y dos líneas incluso con la autorización plena del Santo Padre, lo que sucedería en un tiempo no muy lejano. Pero a diferencia del proyecto de John Faust, dicho libro se reproduciría con un aparato formado con el mismo procedimiento con el que se crean los sellos de metal: con cada letra del alfabeto forjada en punzones metálicos en bajorrelieve intercambiables y modelados a mano por la técnica de vaciado en cera e impresos sobre el papel en tinta de cochinilla, procedimiento basado también en la idea del chino pero mucho más simple que la de John, puesto que Gutenberg había ideado meter dichos punzones móviles dentro de una caja de madera amarrada con alambre a la manera de un cuadrado que guarda las bolas de cualquier billar griego, una caja que Gutenberg llamó “galera”, como recordando los sótanos de los

barcos llenos de remeros, esclavos en su totalidad, tan pegados el uno con el otro, como los mismos punzones debían estarlo.

Al saberlo, Faust se empeñó en terminar primero. Desde hacía semanas, reproducida por su mecanismo de pulpo e impresión de tinta de betabel, tenía lista una copia del Pentateuco y partes de los cuatro libros del Evangelio. Pasados ocho días, decidió que era el momento de mostrar aquel proyecto al mundo antes del Carne de Ganso.

—Hombres todos, ponedme atención —dijo John ante la muchedumbre de Maguncia—. He aquí la primera copia de la Biblia, de la Palabra Santa de Dios. Es mejor que la de Johannes Gutenberg, pero la mía, tan cristiana como la suya, ha sido impresa con la intención de hacer ver que al reproducir el pensamiento del Señor los hombres también podemos crear tantas cosas como lo haría la voz de Dios mismo.

Y como era de suponerse, en semejante perorata John Faust encontró su perdición. La multitud abrió los ojos con horror, pues quién sobre la tierra se atreve a pensar que se puede reproducir el mundo a semejanza de Dios, o incluso, imitar la voz del Señor a voluntad.

Por esa razón, las hordas del Rey Araña lo apresaron apenas llegó a su cuartucho para que fuera el propio monarca quien lo interrogara para su diversión o para indagar qué había en un hombre como aquél y qué lo motivaba a desafiar el poder de Dios de tal manera. Y qué bueno que fue así porque la gente común, por la que los adelantados buscan luchar pero que siempre termina crucificando al justo, fue la misma que pidió quemar a John vivo para luego decapitarlo a la vista de todos.

Horas antes, en su celda, pensando todavía en qué había hecho mal, John Faust alcanzó a decir: “Todos los dolores de la humanidad en mí” y: “El mundo silencioso es como una tumba”. Se recriminó el no haber reproducido, en lugar de la Biblia, *El libro del esplendor* judío, otra de sus opciones. En él se hablaba de ciertas piedras preciosas que potencian su crecimiento por acción de las estrellas. También se arrepintió de no haber publicado en todo caso aquellas *Profecías* que, además de lo antes expuesto, anunciaban la llegada del Anticristo y de cómo ciertos personajes aparecen en la historia cada cincuenta o cien años para revelarse y destruir lo creado. Quizá eso habría sido menos herético que desear reproducir la voz del Creador.

Sabe John Faust que será lanzado a la muchedumbre, pero justo cuando el gallo canta, un ser se le aparece. Es un personaje adusto, parece tener un rostro sabio, voz penetrante y cavernosa. Sin sorprenderse, Johannes platica con él y recibe a cambio de sus preguntas arrebatadas, respuestas precisas. Le cuestiona si hizo bien al publicar la Sagrada Palabra, a lo que recibe una respuesta afirmativa. Lo segundo que disputa es si ha logrado hacerlo antes que Johannes Gutenberg, lo que es respondido de forma igualmente positiva. A John Faust se le antoja preguntar si alguna vez los hombres dejarán de encarcelar a otras personas y la respuesta es negativa. Por último, inquiere sobre su muerte inminente.

El ser que se le ha aparecido medita un poco esta respuesta, pero de forma clara dice: “No vivirás”.

“No saldré de aquí”, repite John, con la vista perdida.

Al otro día, los guardias, listos para llevarlo a la hoguera, sólo abren la boca al constatar que el reo está muerto. El edicto de aquel momento informa que John Faust, alquimista y mago, originario de Provenza, preso por cargos de sacrilegio y brujería, murió en circunstancias incomprensibles. Se dijo, incrementando aún más la confusión sobre él, que cuando llegaron los guardias a la celda, se había colgado y tenía extrañas laceraciones por todo el cuerpo.

Su Biblia fue quemada ante cientos de espectadores.

Gutenberg logró en cambio imprimir ciento ochenta copias foliadas de su versión.

De John Faust sólo se sabe que a partir de su error técnico, torneros y herreros crearon cientos de imprentas en Maguncia y Provenza privilegiando el método de Gutenberg con base en punzones metálicos intercambiables, e incluso fue instalado como sistema oficial por orden del Rey Araña.

Del demonio que supuestamente se apareció para obligar a John Faust a colgarse con los jirones que hizo con su ropa, nadie supo nada.

Tal vez, en efecto, debió publicar las *Profecías* y no la Biblia, ya que la suerte, la magia y la divinidad, nunca estuvieron de su lado sino del de aquellos que siempre van a ganar un lugar en la historia.

La striga

El Diablo se divierte convenciendo
a todo el mundo de que no existe...

MARCEL SCHNEIDER

No eres la que imaginaba Stephen Dedalus sino la que se ha mantenido en esta tierra lanzando miradas furtivas, concupiscentes y terribles, y una vez que algún hombre queda prendado de ti, te desvaneces en medio de la gente hasta volverte apenas un recuerdo.

He llegado hace poco a este lugar y al caminar por él, he percibido algo extraño. Una atmósfera de miedo se respira por las plazas, por los callejones. Los hombres van por los empedrados sin sosiego. Yo voy igual.

Sí. Ahora lo sé: eres una mujer que traspasa el tiempo (ojos sublimes y piel imposible), que vaga por las ciudades hasta conseguir que un hombre se enamore de ti, como lo hice yo, y en su pensamiento vayas y vengas, hasta que la víctima caiga en cama y te mire junto a sus sábanas: radiante, hermosa, sonriente. Pero sobre todo para que días después, con tu imagen incrustada en su mente, se sumerja en un delirio de muerte, y con los ojos desorbitados, todo su ser diga:

—¡Mujer, te has ido detrás de tu suspiro...!

Nadie sabe de dónde han salido, pero he visto reflejadas a las que son como tú en los ojos de los hombres de este viejo pueblo. Mientras ellos se muestran confundidos, ustedes ríen ocultas en los callejones. Pero lo más desconcertante es que con su mirada feroz y de odio, entren en éxtasis al saber que la careta que usan como rostro ha hecho mella en el ánimo de algún joven o extranjero fugaz.

Yo las he seguido de cerca. Saben que les marco el paso, pero no dicen nada: quizá se han cansado de mantenerse en el anonimato. Sí. Lo sé. El Creador les prohibió envenenar las almas de los varones haciendo uso de la belleza que perdieron hace siglos y que restituyen a voluntad con rostros de doncellas a las que les han arrancado la faz ensangrentada en actos violentísimos.

Así van las *strigas*. Los hermosos rostros con los que se acercan a sus víctimas buscan llevar al límite la más grande transgresión de la Creación: no se resignan a ser separadas de la belleza mortal, consideran que sin ella, han sido despojadas del amor de Dios, que han sido olvidadas por Él.

Pero Él no se ha prestado a ser rehén de su vanidad.

Son demonios. Son seres de venganza.

Bien saben ellas que el cutis terso es temporal y aunque el Maligno les ha permitido sostener el rostro lozano con esos terribles métodos, su sosiego no se sacia nunca, pues dependen del embeleso que puedan producir con sus máscaras perfectas y ajenas, que ocultan su verdadera carne putrefacta.

Yo lo sé porque las he visto ponerse esos rostros detrás de las puertas y lanzarse con ellos a las calles, y entre muchas mujeres distinguirse, y a muchos hombres conquistar.

Lo sé bien porque una vez que consiguen que un joven o anciano quede prendado de esa belleza falsa, y tras el malévolamente enamorado, los siguen hasta sus casas, y ya en ellas, procuran ocultarse entre las cortinas para contemplar satisfechas la agonía que se posará sobre aquellos hogares, usando para el Mal, el divino don del hijo de Venus.

Es de esa forma que cuando logran entrar a uno de esos hogares, los varones pierden fuerza y vitalidad. No importa si están casados o solteros, ellos desencajan la faz y vagan los siguientes días por las calles como pobres diablos, esperando ver siempre de nuevo a su *striga*, como purgando una culpa, como lo haría un suicida o un demente.

Así lo atestigüé hasta que la más anciana de ellas determinó dar fin al secreto que sólo yo conozco pues bien sé su coartada.

Hoy, al sentise descubierta, hasta mi casa ella me ha seguido, y una vez en mi cama, sumido en mis recuerdos, de los que ahora se ha apoderado, cerca de mí está, y como un gato absorbe mi aliento y mi respiración, y ya se le transfiguran sobre su cara uno a uno los rasgos de todas las mujeres que he amado. Sobre su faz se me

confunde el cabello de quien quise de manera fugaz, los labios de otra a la que entregué mi mente, e incluso el rostro de aquella que aún no llega. Como la más vieja de las *strigas* le basta portar sólo un bello rostro arrancado a una joven víctima para luego imitar con él la sonrisa y la piel de todas las mujeres que me han acontecido, y sobre todo, el gesto de la que me ha sido destinada.

Toma las pupilas de la que olvidé en la infinitud de los tiempos.

Es ése su mayor ardid: es ésa la más grande trampa, su más infame argucia: posee tus ojos, ha robado tus ojos.

Es por ello que cuando me levanto y camino por las calles del centro ya voy inquieto. Volteo hacia todos lados como buscando un rostro en particular sin saber cuál es y mi mirada no descansa pues todas las sonrisas son posibilidades.

La vieja *striga* me sigue, oculta en los callejones, hasta que en la esquina de esta calle, me espera con la vista clavada en el piso para

inyectar, apenas me ve, tus pupilas dentro de mí, hundiendo de nuevo el color de tus ojos en mi pensamiento.

Yo lo veo y un helor cubre mi espalda, siento un escalofrío indecible y pienso: “Me ha llegado mi hora”.

Entonces la vieja *striga* sonrío, sabe de la victoria. Interpreto su gesto como una fuente de belleza porque me ha mirado y mi cabeza se detiene para no dejarte ir.

Bajo los párpados porque no he creído lo que he visto: una idea vaga recorre mis manos y giro el rostro para seguirte. Adonde te dirijas, juro que no he de dejarte escapar nunca más pues he recorrido la eternidad en tu búsqueda.

Sin embargo, te has desvanecido. Ya no te encuentro entre tanta gente.

En este mundo del que cada vez entiendo menos, tú te alejas. Y es justo en medio del transcurrir del tiempo —pues no sé ya fijar cuándo ha ocurrido esto o si me ha de acontecer de forma infinita— que te extraño, mujer de dulces ojos, a veces divina, a veces maligna. Siempre la primera en mi cadena de recuerdos.

Aquella que con su mirada me decía: “Soy parte de ti”.

Y tú no tienes la culpa de ello, no tienes la culpa de mirarme así. La culpa la tengo yo por amarte ya, *striga*.

De la creación de la guerra

En lo alto de un risco, cerca del mar, el joven jefe de los ejércitos lanza un pensamiento al viento. Ha leído apenas hace unos meses en un pergamino que le dejó su padre, un concepto que le resulta ajeno. Cuando abre los ojos, ya no reconoce el sitio que pisa.

Debajo de él, mira a su tropa, compuesta por guerreros rabiosos con aves de rapiña sobre el brazo en espera de su señal para arrasarse a un ejército más débil que desembarca cortando las olas con modestas espadas, intentando invadirlos, en un actuar inocente. Vienen de alguna nación lejana o continente remoto, pues nadie en los alrededores podría atreverse a tal empresa insensata; sus

hombres poseen en cambio la pólvora, las flechas de metal, las lanzas, las catapultas, la rabia y el fuego.

El joven jefe de los ejércitos administra la muerte en vastos territorios.

También sabe leer, uno de los mayores poderes que posee un hombre, pues con ello se tiene ascendencia sobre el pasado. Su padre le enseñó. Por eso entiende bien aquel pergamino que le dejó el último día antes de morir y que le ha causado gran impacto al examinarlo. Es muy extraño el estado de cosas que propone el documento, atípico de los manuales de guerra que leyó desde niño y que su propio padre redactó de puño y letra. El legajo contiene cuestionamientos que condenan el disfrute del dolor cuando se empala al enemigo y todos esos apreciados trofeos de guerra. Se siente confrontado porque él mismo ha disfrutado desde niño derramar sangre y dicho manuscrito condena varios tipos de devastación. Aquel cuero curtido que le ha dejado su progenitor como última voluntad debe ser observado y sopesado. Y eso le representa: vacilación y duda. Pero con duda se pierden hombres y batallas. Y la vida. En definitiva, aquel documento resulta tan perturbador que para él tiene el mismo efecto de una espada enemiga.

Por si fuera poco, el pergamino afirma la posible existencia de pueblos no dedicados al exterminio, naciones que ya han experimentado un estado de “bienestar y recogimiento”, territorios lejanos, pero que nadie ha presenciado, sólo su padre, quien los habría visto con sus propios ojos en su juventud allende los límites de su reino. Es

por ello que, para corroborarlo, el joven rey ha decidido enviar a su frontera más lejana a tres de sus principales capitanes, amigos desde la infancia. Deben indagar semejante posibilidad antes de tomar la decisión de considerar aquello o destruir el documento para siempre y evitar la debilidad de las siguientes generaciones. Quiere tener conocimiento de esa filosofía por personas cercanas y lo hará para respetar la voluntad de su padre y quizá para obtener, como él, algo de sabiduría, ahora que debe hacerse cargo de enormes territorios. Pero la verdad es que el joven giró semejante instrucción porque desde que leyó aquel legajo no ha podido dejar de hacerlo, y como su progenitor, también empezó a sentirse: cansado de matar. “Bienestar y recogimiento” son conceptos perturbadores y más ahora que debe aniquilar a un pueblo que ha osado desembarcar en sus playas...

Es así que debajo del risco donde se encuentra observando a aquellos barcos ingenuos encallar predomina ya el rugir de sus soldados cuyos gritos opacan el ruido del mar, montados en una decena de elefantes que barritan furiosos y en cientos de caballos que revuelcan las crines levantando lluvias de arena. Su ejército posee camellos traídos desde las tierras desérticas donde también tienen dominio, que vomitan salvajes el agua de sus jorobas expulsando apestosas babas tras lanzar al piso gruesos hilos de ira. Incluso, algunos de sus guerreros aquietan ya a aquellos halcones entrenados para arrancar ojos a los enemigos con la precisión de la aguja que se inserta en la abertura de un botón y otros muchos más

les hablan a sus perros, que ladran ansiosos de carne humana. Y en el caso de que el combate se prolongara más allá de la puesta de sol, están listos los guerreros que viven en las cavernas de los riscos cercanos a la playa, conocidos como hombres-gato, adiestrados en la oscuridad plena para perpetrar matanzas nocturnas con la facilidad de un niño que camina a pleno rayo de sol de la mano de su madre.

Todos están listos para la guerra, para las tiernas carnicerías. Saben hacerlo. Así han sido criados.

Él mismo ha dirigido violaciones, incendios y rapiñas sobre los pueblos conquistados, los que están más allá de las montañas altas del norte, de los desiertos del oriente y las selvas cerradas del sur. Conoce de sembrar el temor y la aniquilación aplastando a cualquier pueblo que ofrezca resistencia. Allende del mar, sabe asaltar islas y sonreír al ver a niños degollados o a sus madres desgañitarse ofreciendo sus sexos con tal de que no les aniquilen a sus demás hijos.

Y sabe, como siempre ha sido en su linaje: disfrutarlo.

Pero aun con todo ese placer, la idea de no matar y no combatir de aquel documento lo ha infiltrado con sagacidad, como quien se desliza de forma subrepticia en la cama de una amante o de un territorio que no espera invasión.

A veces piensa que la idea que le ha dejado su padre podría ser el hechizo concebido por algún poderoso enemigo tras la consulta de un mago, con tal de debilitarlo, de mermar su razón, pues no hay mayor arma que la palabra que penetra una mente. Y es que el veneno funciona. Lo está comprobando. El joven jefe de los ejércitos se siente igual que aquel viejo rey: fastidiado, cuestionando todo. Si es real la estrategia de infiltración que le inocularon a su progenitor

a través de eficaces palabras, le queda claro que dicho enemigo es descomunal, porque como ya se ha dicho, lo escrito siempre ha sido capaz de vencer a pueblos enteros, esclavizarlos o hacerlos vencedores incluso si son dominados por un enemigo mayor en tamaño o en pertrechos de guerra.

—Cuando encuentren ese tipo de gobierno en cualquier país más allá de nuestras fronteras —les instruye a sus capitanes— deberán escuchar el aleteo de las aves mañaneras, oír el murmullo de los ríos o mirar los rayos de sol cayendo sobre las hojas, como dice el documento que dejó mi padre. Tendrán que observar esa forma de vida por algunos días para penetrar en su secreto. Deberán hablar en las aldeas de semejante reino, si es que existe, con los niños, con las mujeres enamoradas o los hombres afables y experimentar cómo es un mundo alejado de la guerra. Así dice el pergamino y así lo harán ustedes. Calmarán sus ímpetus, no matarán, no mutilarán. No violarán a nadie. Incluso tendrán que bajar el tono de voz. Deberán profundizar en los ojos de las viudas, en la mirada de los recién nacidos y observar las arrugas de los ancianos.

Llevan meses caminando. Han superado ya sus propias fronteras, donde no ha sido posible destacar ni a embajadores ni a soldados dada su lejanía, pero donde se sienten seguros pues es tal su fama que nadie se atrevería a atacarlos con un número superior de hombres por temor a detonar la furia del imperio que dirigen. Es en esas naciones no conquistadas pero tampoco libres, donde deben encontrar noticias sobre aquella forma de vivir, si es que ésta existe.

Han acelerado el paso hasta darse cuenta que deben acompasar su ritmo si quieren llegar vivos a aquel lejano confín, cualquiera que sea. Y parece que lo han logrado pues hasta donde se encuentran ahora, los pobladores no poseen lanzas ni espadas. Es ahí donde han pedido agua y comida, dispuestos a observar y esperar, confiados en que en esa región esté lo que busca el joven rey, mientras los locales los miran con enorme temor.

Uno de los tres capitanes, designado jefe de dicha fuerza expedicionaria, ha ideado un plan pues no sabe bien a bien qué buscar. Ha decidido instalar un campamento en aquellas infinitas tierras para esperar a forasteros que a su vez hayan podido ver alguna forma de vida o de gobierno todavía más lejana en la que hubieran experimentado la ausencia de guerra, donde ese estado de bienestar y recogimiento se haya implantado. Luego de varias semanas ya instalados, consiguen ver a un viajante, ataviado con las más extrañas formas en ropas, calzado y gorros para la nieve. De donde vengo, dice el extranjero que afirma ser comerciante, nunca ha habido una sola batalla, quizá a eso se refiere la idea que buscan. Hemos perdido batallas con vecinos que se ubican aún más al nororiente, dice, y hemos dejado de pelear por meses enteros. Los tres capitanes sonrían entusiasmados pues aquello se asemeja a la descripción que les ha indicado el joven jefe de los ejércitos. Pero el visitante no ha terminado de hablar. Hace poco, agrega, pueblos todavía más remotos, quizá provenientes del extremo del mundo, nos han vendido buenas armas y los líderes de mi patria las han mejorado. Pronto crearemos una forma más efectiva de guerra y nos aliaremos con aquéllos.

Es claro que eso no es lo que quieren oír, y convencidos de que lo que el joven jefe de los ejércitos persigue es una quimera, deciden

matar a aquel viajante para no correr los riesgos de una posible invasión de quien esté creando una fuerza semejante, incluso en el fin del mundo, de donde ha dicho venir ese hombre que en este momento arroja borbotones de sangre por el cuello.

Otro extranjero ha llegado un par de semanas después hasta aquel remoto campamento. Viene de una tierra equidistante del inexplorado suroriente, donde hay quien asegura que el viento arrasa todo lo que encuentra. El hombre dice saber de la filosofía de la que hablan los capitanes y que estaría en posibilidad de hablar de ella si le ofrecen una gratificación en oro o especie. Uno de los mejores amigos del joven rey de los ejércitos también quiere cortarle el cuello en el acto, pero sabiendo de la misión que le ha encargado su soberano, le entabla debate de inmediato.

—Habla.

—En nuestra tierra tenemos terribles armas, pero nunca las hemos usado. Sólo las hemos exhibido a nuestros vecinos del sur para imponer temor. Quizá es esto a lo que ustedes se refieren como “ausencia de guerra”.

—¿Está diciendo que dicha ausencia la usan para administrar la posibilidad de una batalla?

El forastero asiente. El capitán considera esa idea lo más fabuloso que ha escuchado jamás y que sin duda es el concepto al que se refería el viejo rey. “La ausencia de guerra consiste en imponer el miedo a otras naciones...”, se repite varias veces poniendo algo de su propio entendimiento en aquella frase del forastero para tatuársela en la mente y dar razón de ella al nuevo rey. Los otros dos capitanes coinciden. Ordenan a los locales regalar pan a aquel viajante, carne seca, miel y agua, y al acordar sin ambages que no encontrarán una

idea más cercana a lo que el hijo del viejo rey les ha explicado, aquel selecto grupo de capitanes prepara el viaje de regreso. Han pedido opio, esa sustancia que se extrae del bulbo de las amapolas ondeantes de aquellas tierras, para no extrañar ya las largas conversaciones con los hombres viejos de esa población en la que han estado por meses en busca de esos remotos forasteros, ni para olvidar los pezones oscuros y sexos enchinados de sus extrañas pero cálidas mujeres, algunas de las cuales evidencian ya embarazos perpetrados por estos tres hombres de máxima confianza del joven rey.

—Ustedes han comenzado a fusionarse con lo que buscan —les dice el forastero poco antes de partir al ver a aquellas mujeres con sus vientres abultados, provocando molestia de inmediato con su comentario, lo que también le vale la vida como puede constatare por el tajo que luce a medio abdomen, lugar donde hasta hace un momento yacían dentro deliciosas viandas de regalo por su sabiduría.

Mientras tanto, en lo alto del risco el joven jefe de los ejércitos observa las espadas de aquel imprudente regimiento que ha desembarcado en sus playas, del que está seguro muy pronto quedarán sólo cráneos rotos y cabellos tirados por todas partes. También vejigas reventadas, dientes fracturados por golpes secos y certeros, así como ojos cercenados con precisión. Aquellos ingenuos invasores sufrirían: miedo y mutilaciones, para que se cumpla la máxima de cualquier guerra: “Y los ahorcados fueron: cómplices de sus verdugos”.

El joven rey prepara la artillería contra esos ilusos que corren ya a toda velocidad entre las olas blandiendo sus sosas armas sin

saber que detrás de la línea de palmeras, los arqueros están listos y ansiosos por estrenar las nuevas puntas de suave cobre mezclado con el duro hierro de las cavernas, arsenal fatal contra quien intenta invadir un territorio con una simple espada. Ocultas en la arena de la playa yacen también catapultas listas para ser abastecidas con enormes bolas de fuego dirigidas hacia las cubiertas de los pequeños barcos invasores, para hacer del eminente repliegue: un anhelo imposible.

Y entonces, al joven rey le asalta una duda. ¿No es acaso demasiada fuerza para un enemigo tan endeble? ¿Por qué aquellos torpes invasores no sólo regresan por donde han venido, por lejano que sea el mar que los ha expulsado, y evitar así su propia aniquilación? ¿Por qué no se los tragó antes una tormenta en el océano? ¿Es que acaso nadie en estos tiempos desea el sosiego y la calma?

Por primera vez el joven jefe de los ejércitos no ansía la hecatombe. Hace ya medio año que ha enviado a sus mejores capitanes al confín de sus dominios para saber con precisión en qué consiste aquello a lo que su padre se refería. En efecto, ha enviado en esa misión a lo más selecto de su círculo cercano, aquellos con los que convivió desde niño, con los que ha compartido la fruición por la sangre y la revancha. Y con ello comienza a preguntarse si realmente necesita estar al frente de estos otros que ya se levantan rabiosos y desesperados debajo de sus pies. Éstos son mucho peores que aquellos que ha mandado hasta el fin del mundo puesto que no saben pensar sino sólo destruir lo que encuentran a su paso para satisfacer sus necesidades más ocultas. De alguna manera, sin aquellos tres, el joven jefe de los ejércitos se siente solo al frente de estos otros que son sin duda los más fúricos, los más irracionales, los más

resentidos, los más despiadados. Hombres para quienes la muerte siempre ha sido: presencia cotidiana.

En lo alto del risco, con la playa a sus pies, el joven jefe de los ejércitos mira a éstas sus vastas tropas detenidamente. Sus cuadrillas están dominadas por las dos diosas que se pasean por los estruendos de todas las batallas que libran: Eris, la discordia, y Enio, el grito de guerra, la destructora de ciudades. Sus hombres se regocijan en la sangre como si estuvieran en un banquete.

Puede ordenar que se despligue sólo una cuarta parte de la fuerza de que dispone y que estos feroces hombres regresen a sus casas con sus mujeres, igualmente violentas y lujuriosas, a las que sólo les excita el semen que más se avive con la sangre de los muertos.

Los arqueros ya están listos, las catapultas y los elefantes están dispuestos a aplastar cráneos en un franco frenesí. Muy pronto, la playa va a inundarse de un penetrante olor a llanto, vísceras y aniquilación. “Ojalá no tarden mis capitanes”, dice.

Debajo de él, aquellos guerreros voltean esperando instrucciones. Retienen a sus bestias lo más que pueden. Reprimen momentáneamente su furia y su naciente temor porque si la orden tarda minutos más, van a ser ellos los cortados de tajo por los débiles invasores y sus delgadas espadas, otrora nimias pero eficaces, si es que no media una instrucción. Serán ellos los que sucumbirán al eminente cortar de cabezas si es que el joven de los ejércitos sigue reflexionando los movimientos que efectuará.

“Ojalá mis capitanes no tarden”, piensa, en cambio, el nuevo rey.

Al pasar los segundos sólo respira la brisa del mar. Debajo de él, algunos cráneos de sus soldados más fieros comienzan a ser partidos por las diminutas espadas conquistadoras.

Y de repente, cierra los ojos y con el abdomen y con su poderoso puño en todo lo alto abre la boca como un gran lagarto en medio del pantano, como en los tiempos en que su padre era el absoluto rey de la guerra, y él sólo un niño. El viento sobre el mar lleno de sal y humedad le hincha los pulmones, una marejada de ira le asalta la parte trasera del cráneo, por sus venas circulan el rencor, el desprecio y el odio. Y luego, tratando de reprimir el embate de sus desordenados pensamientos, olvidando todo lo que su padre ha dejado escrito, y sabiendo que sus capitanes tardarán todavía algún tiempo en regresar, grita con toda la furia de la que es capaz como un ensordecedor rugido, como si él mismo fuera la fuerza demoledora de un inexorable y terrible huracán:

—¡No dejen a nadie vivo!

Thelesis

Uno de los atributos de Dios es la acción.

BRUNO DE ELÚA

Thelesis significa “deseo”. Thelesis también significa “pensamiento”. Lo ha sabido desde niña: todo lo que desea, se manifiesta.

Incluso piensa que el fallecimiento de sus padres pudo ser resultado de su extraño poder. Se ha preguntado mil veces si ella fue la culpable de semejante accidente al manifestarles su odio fugaz e infantil, un suceso desde el que dejó de querer cualquier cosa, incluidos la vida y la felicidad.

Durante los años posteriores a aquellas repentinas muertes, los vecinos la cuidaron pero pronto tuvo que aprender a ganarse el pan con la única herencia que le dejaron sus padres: el pozo de agua al fondo del patio, legado afortunado por encontrarse justo en la punta del cerro más alto del pueblo desértico de Elúa. Thelesis posee uno

de esos pozos que algunas casas tienen, hogares cuyas terrazas caen una a una, en escalones secos que se despeñan hasta el mar.

Elúa es un lugar producto del capricho: una loma alta que desfogaba su mirada en un océano de peces flacos y escasos. De aquella zona, Thelesis baja todos los días para vender agua en un cántaro que lleva sobre la cabeza. Va callada entre los caseríos, siempre sumida en sus pensamientos, pero justo hoy, ha vuelto a desear algo otra vez con toda la fuerza de cuando era una niña: no tener que trabajar en su cumpleaños número diecisiete. Ya no quiere escuchar otro: “¿Thelesis, me vendes un poco de agua?”, sobre todo en una mañana como ésta, en la que debería estar acicalándose el rostro con suaves afeites hechos a base de leche de cabra o de betabeles machacados para resaltar sus pálidos labios, o bien, amasando pétalos de rosa para obtener un perfume perfecto para su cuello cada vez más delgado. En cambio, está: silenciosa, vendiendo, como siempre: agua.

Y es que hoy en Elúa hace más calor que nunca. El aire que se comprime del cielo y el mar caliente sofocan todo, como en un horno de pan. La misma Thelesis ha bebido del líquido que debería vender; pero aun así, el calor no amaina.

Thelesis cierra sus ojos. “Que llueva”, dice.

Lo desea con toda su fuerza. “Por favor, que llueva”.

No había lanzado un deseo tan poderoso en mucho tiempo.

Y entonces, como si se tratara de un sueño, un ruido retumba en las montañas. En el cielo ruge una fuerza capaz de desatar los tornillos de los barcos que surcan el lánguido mar o cualquier otra cosa unida. La fuerza de su deseo vuelve a ser capaz de separar el agua y la sal de las olas. Y se entera de eso porque del océano comienzan

ya a desprenderse pesados vapores que de súbito hacen espesas a las nubes.

Es así que de la nada una primera gota cae en la cara de una mujer en el mercado cercano a la costa. No son pocos los que levantan la mirada hacia el cielo oscuro de repente, como si contemplaran un milagro o el holocausto.

—¿Qué es esto, mamá? —pregunta un niño tomado de la mano de su madre.

Del cerco de los dientes de aquella mujer escapa una palabra extraña:

—Lluvia.

Nadie en el pueblo puede creerlo. No había caído una sola gota en años. El pánico crece porque el agua comienza a precipitarse con tal fuerza que corre en las terrazas de Elúa como una gran cascada en lodazales que arrastran ríos de casas, animales y personas en las partes bajas.

Nadie puede creerlo: está lloviendo.

El agua se acumula en el muelle y choca con las olas del mar. Las pocas alcantarillas del mercado escupen ratas que se meten a las casas de los hombres poderosos. La lluvia que comienza a caer es tan fuerte que las chozas hechas sólo de tierra se derriten como lo harían los hielos en el trópico. Todo en Elúa es: agua.

En la parte alta, Thelesis corre a guarecerse de la repentina tormenta. Ha regresado a su casa sin reparar aún en el efecto que ha causado su pensamiento. Su ropa está empapada, su blusa trasluce sus

senos. En el esfuerzo por regresar ha dejado tirado su cántaro. En la puerta le sorprende la figura de un hombre conocido: es el cobrador de impuestos, que también busca dónde protegerse del tremendo vendaval.

El cobrador mira a Thelesis. La joven se cubre el pecho porque aquel hombre tiene mala reputación y parecer haberse olvidado de la catástrofe para concentrarse en su cuerpo.

—Veo que esta lluvia trae sus cosas buenas... —dice, con sonrisa maliciosa.

A Thelesis se le ha pegado también el vestido en las piernas. Están por completo solos. El cobrador se limpia la cara. “Hace mucho que no llovía”, le repite. Ella sonríe, sin saber qué debe hacer excepto cerrar los ojos cuando ve venir el golpe que le rompe la boca. El hombre está aprovechando la tragedia de Elúa para hacer lo que siempre quiso. Se le echa encima, le arranca la blusa. “No te hagas la puritana”, le dice. La acaricia, mete la mano entre sus piernas y ella grita. Luego la besa en la boca llena de sangre. Thelesis aparta la cara porque aquellos dientes desprenden una peste inigualable. Él la voltea, le dobla los brazos, la lame. Le tuerce las muñecas. Thelesis llora. Él suelta otro golpe y ella pierde el sentido. Pasan horas sin que la joven se haya enterado de la devastación ocurrida en Elúa por efecto de una tormenta caída en un lugar donde nunca llueve. Thelesis despierta de noche cuando la Elúa de tierras bajas ha sucumbido. Está sola, en medio de su casa. Al volver en sí, su primer pensamiento es que los hombres son unas bestias y que el cobrador de impuestos debería morir.

No lo atestigua, pero de manera contraria al *Lemnia Kaká* —crimen realizado por las mujeres de Lemnos donde todos los

hombres, salvo uno, fueron degollados—, en ese mismo momento el cobrador de impuestos, al poner la cabeza en la almohada pensando de nuevo en el cuerpo de Thelesis, siente una ligera daga en el cuello que le corta la vida. Le ha sido enterrada por su esposa, con furia total, cansada de sus infidelidades y atropellos al enterarse justo de lo que le ha hecho a Thelesis, para ella la gota que derrama el vaso, pues algún vecino lo ha visto salir de la choza de la chiquilla a la que todos aprecian, atestiguando lo que ha pasado viendo a Thelesis tirada en el piso de su casa, con sangre en la cara y sobre el vestido.

Y así es que en aquella casa, en efecto llena de sangre entre las piernas, Thelesis desea no luchar más contra la vida. Siente un cansancio extremo que le afloja los brazos. Extraña a sus padres. “Ojalá estuvieran conmigo para consolarme en este momento”, dice. Le gustaría confesarles que los ama, que siempre los quiso. Pedirles perdón si es que fue la causante de aquella tragedia, pensamiento que reprime a toda velocidad pues de continuar deseando verlos, pronto los mirará salir de la tumba caminando descarnados hacia ella desde el camposanto diciéndole: “Hija, tranquila, aquí estamos, te perdonamos, todo fue un accidente”, como lo harían los muertos vivientes.

Sabe con ello que aquel poder infantil que tal vez asesinó a sus padres ha vuelto. Pero conteniendo ese pensamiento, nada más pasa. Sólo el viento y la lluvia que no dejan de caer mientras se siente lacia, por un segundo ausente. El agua, todavía con cierta fuerza, se escurre del techo y a lo lejos, en la costa, se escuchan aún

los gritos de hombres y mujeres desdichados por haber perdido sus casas, pero ella no tiene ánimo ni poder en las piernas que le hagan levantarse.

Ahora lo sabe. De nuevo, todo lo que piensa se manifiesta. Tiene fiebre y en medio de un aluvión de imágenes que trata de censurar, un terror le inunda el rostro. Ahora le preocupa algo más, ¿y si ha quedado embarazada de aquel hombre cobarde que la ha violado?

No lo desea, desde luego, pero percibe ya en su vientre algo que crece dentro de sí. Es como si aquel poder hubiera acelerado sus efectos. Siente como si pasaran semanas y semanas de forma acelerada, mes con mes, y el vientre se le abultara, la piel se estirara, su cadera se quebrara y las piernas se le acalambRARAN a punto de dar a luz a un niño que se mueve todo el tiempo, y que ya tiende en su regazo, empapada en sudor.

Entonces cierra los ojos y con pavor desea que ese bebé no exista. Implora no desear nada. Desea olvidar todo lo que ha deseado. Incluso anhela no haber pedido la lluvia torrencial de hoy ni que hace algunas semanas quisiera una guerra entre Elúa y las naciones enemigas para matar el tedio de las muchachas con atractivos soldados que sin duda llegarían al pueblo, pues con ello teme haber provocado que esos hombres hayan zarpado ya desde algún puerto para invadir su tierra y arrasarlo todo. Presiente otras calamidades que ha deseado a lo largo de los últimos días, como que los pájaros marinos se vuelvan aves del desierto, que los animales domésticos hablen o que cierta gente indeseable de Elúa desaparezca, entre ellas, amigas suyas y vecinos. Incluso que el mundo desaparezca con la erupción de un enorme volcán, un tsunami o un terremoto, para que ella no tenga que sufrir el estar sola, trabajar todos los días y no poder celebrar ni

siquiera su cumpleaños número diecisiete como lo haría cualquier otra chica. Se aterra pues al recordar semejantes pensamientos, no tardará en aparecer, se dice, una catástrofe mundial.

Entonces se enfoca. Quiere nunca haber conocido al cobrador de impuestos, que no hubiera llovido nunca, ruega que desaparezca ese poder que se había suspendido tras la muerte de sus padres. Ahora desea que todo se quede como después de aquellas muertes. Y en efecto, cuando abre los ojos, allá afuera hay sol y todo está tan seco como siempre, el desierto, el mar casi inerte en las partes bajas, el mediodía de calor infernal. El seco mundo cotidiano. Todo es tan normal que es temprano y sabe que debe ir a trabajar, a pesar de que es su cumpleaños número diecisiete.

Y apenas eso pasa, la monotonía comienza a aturdirlo. Conforme pasan las horas todo es rutinario, por lo que piensa que en lugar de vender agua podría acicalarse el rostro con afeites hechos a base de leche de cabra y betabeles machacados para resaltar sus labios, o dedicarse a amasar pétalos para obtener un perfume perfecto para su cuello, cada vez más delgado.

Pero no. Thelesis está vendiendo, como siempre, agua.

El día es seco, invariablemente seco. Sólo siente: la pesadez de quien no desea nada. Thelesis le da un buen trago a su cántaro, pues el calor la sofoca. Cómo ansía que llueva para no tener que seguir así, caminando, soportando los: “¿Thelesis, me vendes un poco de agua?”.

Y apenas lo piensa, una gota le cae en la nariz a una mujer que pasea por el mercado con su hijo, quien le pregunta qué es lo que se derrama del cielo.

—Lluvia —le responde la mujer, usando una palabra vieja.

Entonces la cara de Thelesis no tiene comparación. Presiente lo que viene: el Éter ya se cubre de nubes negras. Recuerda que ella fue quien mató a sus padres con su pensamiento y un extraño sentimiento le invade: tiene la sensación de que gracias a ese viejo poder infantil el pueblo sucumbirá pronto ante el diluvio y la muerte.

Y antes de que una segunda gota de lluvia caiga, desea con todas sus fuerzas otra cosa.

Desea una vez más que nada pase.

Que todo se quede como está. Que todo se mantenga en su lugar, como siempre ha sido.

Así lo desea Thelesis...

Y así como lo pide, sucede.

Aracne

En la antigua ciudad de Aydil, Idmón ha tenido una hija. El oráculo ha vaticinado que la niña enfrentará una maldición apenas deje la edad de la inocencia.

A Idmón se le ha roto el corazón ya que la pequeña, quien agita los brazos en su tierna cuna, siempre tiene una reconfortante sonrisa y una inteligente mirada para su padre.

Es por eso que el hombre acude todos los días a los templos a implorar compasión, pero el sino es inquebrantable y aún más cuando se trata de instaurar un castigo ejemplar y una enseñanza que trascienda los tiempos.

Así se ha determinado y lo único que han hecho los dioses para atenuar el dolor futuro que caerá sobre la familia de Idmón es impulsar desde sus años más tiernos el don que posee la

chiquilla: su habilidad para bordar en tapetes los finos hilos que tiñe su padre.

La madre no puede concebir más hijos. De esa manera, lo que resultaría un infortunio al no poder tener un varón en esta época, para Idmón le representa una bendición secreta pues en su niña bordadora posee todo lo que un amoroso padre podría pedir, pues la pequeña ha resultado tan decidida como el más valiente de los mancebos.

La tradición le concedería el derecho de buscar a otra mujer que le conciba varón para asegurar la herencia de su familia, pero Idmón quiere a su esposa, le basta su hija y no quiere renunciar a esa felicidad que le inflama el pecho.

Además, cuenta con otro recurso para continuar su antigua dinastía de bellos tapices, los más famosos que se hayan fabricado: puede casar a su hija con un hombre que prolongue aquella magnífica industria de hilos y colores.

Pero lo único seguro es que Aracne, quien ya es una joven, no aceptará a quien le impongan. Porque además de hábil en el bordado de tapices también posee un don especial: es autosuficiente. Y justo ése es el problema.

No es bien visto —y tal vez nunca lo sea— que la hija de un respetable se comporte imperturbable en cuanto a actitudes y determinaciones del sexo opuesto.

Aracne encarna la rebeldía.

Todos en Aydil lo saben.

Y como es de suponerse, ninguno lo aprueba.

Queda claro que en esta joven habita un alma extraña, pues aunque heredó la suavidad de su madre y el sentido de dedicación del padre, también irradia fuerza.

Su alma posee arrojo y decisión.

“Sí, será difícil conseguir un esposo para Aracne”, reflexiona Idmón mientras prepara los moluscos y escarabajos con los que realiza la tinta para teñir los finos hilos de sus bellos tapices confeccionados con precisas ruecas y telares que él mismo ha construido.

“Será difícil conseguir un esposo adecuado para Aracne”, se dice. Y lo será, porque además, a su hija pocos jóvenes le parecen bellos. No le atraen los que sólo se consagran a cultivar su intelecto, pues, ¿para qué dormir con un hombre que lo sabe todo, excepto para qué sirven los cuerpos? También le aburren quienes sólo se dedican a ejercitar su cuerpo, pues, ¿para qué brindar tiempo a algo que sucumbirá al final a la muerte?

Tampoco le gustan los hombres que ostentan el poder público, pues es bien sabido que su soberbia se satisface en los delgados cuerpos de los mancebos y a Aracne esa filosofía le provoca náuseas.

Por eso se pregunta a quién le entregará su amor y sus finos pechos, a quién dejará acariciar sus piernas y deslizar las manos por su suave cintura. Aracne es virgen y así quiere continuar hasta que llegue el momento en que quien la tome resulte tomado, pues sabe que ésta es la única prerrogativa que realmente poseen las mujeres, pues, ¿acaso no es el capullo el que atrapa al polen o la serpiente la que se deja alcanzar sólo una vez al año y la mantis religiosa la que después de la cópula asesina al macho una vez conseguido el cáliz de la especie?

Aracne pasa el tiempo sopesando todas las actitudes masculinas de Aydil, pero hasta ahora ningún joven le despierta el deseo ni le recuerda su mitad esparcida en el Éter.

De cualquier manera, éstos no son los temas de los tapices que delinea y que la han hecho muy famosa en la región.

Su trabajo, que suele ilustrar los más espectaculares mitos de su tiempo, es tan magnífico que la propia Hera, esposa de Zeus, ha sentido envidia.

Pero, ¿es que acaso una diosa puede sentir aquello de una mortal?

Esto no resulta lógico y aún no se sabe qué ha llevado a Hera, la de hermosas mejillas, madre de Hefesto, a experimentar tan bajo pensamiento.

Ha perdido el juicio.

Y la dignidad.

Pero Hera no actúa sólo por envidia. Atenea, hija de Zeus, constructora de la justicia y quien más sabe de los dioses y los mortales, la que empuña las armas de guerra, ha bajado a comunicar a la joven Aracne que ella como hija de Idmón ha sido designada por el Olimpo como heroína de las de su generación, al igual que los varones tienen a su Perseo o su Aquiles. Atenea incluso le asegura que formará parte del *Catálogo de mujeres* o *Catálogo de heroínas* que se escribirá muy pronto.

Ese plan tiene otra razón profunda: Zeus quiere agradecer a todas las mujeres mortales para que le rindan pleitesía a él y no más a su arrebatada esposa, también su hermana, con quien ayuntó por primera vez en la cima del Gárgaro.

Por lo tanto es Aracne parte del plan divino. Pero la madre de los númenes no va a consentirlo, pues sabe de la excelsitud de la joven bordadora. Hera quiere continuar su hegemonía sobre las de su género y con tal de conservarla así, es capaz de modificar la curvatura del planeta cuya energía de cohesión mantiene todas las cosas en su lugar.

No, la motivación de Hera no sólo es la envidia, tan humana; sino la guerra, tan divina. Y como siempre ha sucedido, los mortales tendrán que ajustarse a ello.

Hera quiere por el contrario consolidar su culto, y para ello buscará doblegar a la única mortal que pueda atraer la admiración de las de su tiempo: Aracne. Lo conseguirá a como dé lugar. Su tábano estará presente. Hera sabe bien cómo someter a las seguras de sí mismas cada que emerge una en la tierra. Arrebatará a Aracne la atención de los demás para que nunca pueda destacar. Para que Hera siga siendo la única mujer de importancia en las mentes divinas y mortales, aunque esto signifique seguir atada por trescientos años más a un hombre, el padre de los dioses, Zeus.

No obstante, los tiempos son una rueda y las generaciones, ciclos. Aracne agrada a la patrona del conocimiento, Atenea, hija de Zeus y Tetis. Atenea sabe bien lo que Hera pretende: que acudirá a la casa de Idmón tomando la forma de una sobrina lejana para hacer públicas sus habilidades en el bordado con tal de humillar a Aracne. Hera, por lo tanto, se presentará más bella y más hábil. Y con ello, todos olvidarán a la rebelde Aracne.

Y en efecto, apenas Hera se apersona en la casa del teñidor, confundiendo a Idmón diciéndole que es la hija no reconocida de un hermano que ha muerto recientemente, el conflicto se manifiesta porque el padre de Aracne se muestra demasiado amable con la recién llegada.

La belleza falsamente joven de Hera lo ha atraído como los ejércitos a la guerra.

Pero no sólo eso enrarece el aire.

Hera, quien en casa de Idmón se hace llamar Areh, ha dirigido un franco coqueteo a Silo, el único guerrero que ha obtenido la atención de la joven Aracne.

Hera está dispuesta a doblegar a la futura heroína en todos los terrenos.

Por si fuera poco, Areh mira a Aracne con aire de superioridad frente a los notables de Aydil que se han reunido para darle la bienvenida. Además: ha dicho que también borda...

Y no sólo eso, al mirar el trabajo de Aracne, ha exclamado:

—Cualquiera puede superar esos tapices...

Nadie se mueve porque bien saben de la fama y el carácter de Aracne, y en efecto, a la hija de Idmón sólo se le escucha decir con sequedad:

—No te conozco, pero demuéstalo.

Y así, la competencia queda establecida, tal como lo ha planeado la diosa. En el transcurso de tres semanas, en las que deberán trabajar en las ruecas en secreto y sólo con ayuda de algunas sirvientas, las contrincantes deberán mostrar un tapiz que supere a cuantos se hayan hecho sobre la faz de la tierra. Así lo han establecido aquellos notables que ven en la altiva actitud de la forastera la oportunidad perfecta para poner en su lugar lo que juzgan suma arrogancia en el porte de Aracne, además de ajustar viejas cuentas con Idmón.

La noticia recorre pueblos y aldeas con la rapidez de la peste, y es por eso que el día de la contienda, la casa de Aracne se llena de visitantes de todas las latitudes.

Estando el patio principal repleto de forasteros, Areh lanza una mueca más de superioridad sobre su contrincante y tras una breve ceremonia introductoria, en la que todo mundo le rinde pleitesía

ya, la diosa con disfraz de mortal despliega un tapiz que nadie sabe con qué artes y con qué hilos ha confeccionado. En él se observa el palacio de Circe donde los guerreros de Ulises fueron convertidos en cerdos.

El murmullo general hace evidente la derrota de la hija de Idmón porque en aquel deslumbrante tapiz se mira también a Poseidón arrojando mares sobre un titán, a Hades atrayendo a los primigenios al infierno y a Hestia buscando la hegemonía de la tierra.

Los visitantes no caben del asombro pues en el tapiz que Areh muestra se observa en efecto parte de la Titanomaquia, hasta ahora un secreto reservado sólo a los sacerdotes y que nunca nadie pensó ver revelado ante el pueblo. En el imponente tapiz se ve a Cronos, y a su padre Urano, venciendo.

Varios han comenzado a sospechar con ello que la extraña y furtiva sobrina de Idmón está siendo aconsejada por una diosa, ya que no es creíble que un mortal tenga conocimiento de estos pasajes con tal grado de detalle.

—Es tu turno —le dice Areh a Aracne, quien sin inmutarse con la evidente derrota, se arrodilla para mostrar desde las escaleras un largo tapiz que desliza sobre sus muslos mientras hace una mueca a su padre que parece significar: “Tranquilo, estoy confiada...”.

La dureza de las paredes se quebranta cuando el hermoso tapiz se desenrolla provocando un estupor general.

Al presentar ante la concurrencia su trabajo de semanas, mañanas y noches enteras, parece que el amanecer se muestra por el horizonte. Que las aves abandonan los campos. Que los osos dejan sus escondites para exhibir su fuerza con un rugido sordo. Que los jilgueros que acostumbran anidar el arcoíris cantan con sus más hermosos trinos.

Las maldiciones de Areh retumban también como huracanes pues el tapiz de Aracne es un concierto de colores y temas que nunca los ojos humanos o divinos han visto.

En él todos los presentes han podido ver a Zeus ayudando con excelentes féminas; algunas tímidas, otras resueltas, lo que provoca que más de uno se lleve la mano a la boca ya que en el centro del tapiz se observa a la diosa Hera corriendo por la orilla de un río con los pechos al aire al enterarse de que Zeus la engaña con muchas divinas y mortales.

Y lo más sorprendente es que la diosa del tapiz, la excelentísima numen madre de los dioses, tiene un extraordinario parecido con la supuesta sobrina de Idmón.

Aracne lo confirma:

—Tú no eres la sobrina de mi padre, sino Hera, la esposa del magnífico Zeus, ¿no es cierto?

Y apenas termina de decirlo, Areh se muestra ya como todo el mundo la ha visto en los altares sagrados de la Hélade.

—¡Cómo te atreves a dirigirte así a la madre de Ares, Hebe, Hefesto e Ilitía!

Un helor cubre a la gente de Aydil pues la diosa está: llena de furia. Pero Aracne no se amedrenta, pues queda claro que otras divinas, tan poderosas como la propia Hera, la protegen, como en efecto lo hacen Atenea y Metis, a quien Zeus se tragó para engendrar a la primera mediante partenogénesis.

—Me disculpo, respetable diosa —dice Aracne con firmeza—, pero has sido tú la que ha venido a confrontar mis fortalezas y mis debilidades mortales fingiendo un concurso en el que no hay igualdad de fuerzas.

Y así, exaltados los sentidos, ya corre por el lugar el presentimiento de una enorme catástrofe pues bien se sabe que éstas sobrevienen de la furia de los dioses.

La gente de Aydil ya siente las costas desbordarse y los terremotos abrirse camino desde el Oriente.

Ven las selvas convertirse en desiertos y las lluvias inundar las ciudades. Sienten llegar ya las invasiones de los bárbaros, la sequía y toda clase de calamidades.

Por eso en la casa de Idmón nadie respira por temor a incrementar la cólera de Hera, quien de sus labios deja escapar una palabra:

—¡Insolente!

Pero eso no es todo, porque en lugar de disculparse, Aracne revira:

—Diosa, reconócelo, has perdido...

Y lo dice porque no ha descubierto la totalidad del tapiz, pues ahora que lo hace, se puede ver con quiénes hace el amor el dios de dioses. Ahí se ve el éxtasis de Zeus penetrando a su propia madre, Rea Deméter, transformada en serpiente para dar a luz a Perséfone; él probando la lujuria de Dione; la pasión fugaz de Eris; la constante adoración de Zeus a Leto, madre de Apolo y Artemisa; y los besos que cubrieron a Maya para engendrar a Hermes; así como con Téugete, madre de Jacinto y Cinortas; y la propia Electra, la Pléyade, de quien nacieron Ematión y Dárdano; eso sin mencionar a Antiopa, de quien nacieron Ceto y Anfión, pero sobre todo, la ternura que le inspiró Metis, la propia madre de Atenea.

El fabuloso tapiz contiene también los amoríos de Zeus con Mnemósine, la diosa de la memoria, enemiga del olvido, quien concibió a las doce musas y a todo lo que existe.

También se miran los cuerpos de Selene y Temis, de quien nacieron las Horas y las temibles diosas del Destino.

Hera está horrorizada al descubrir que una mortal y, con ella, todos ahora en la tierra saben de la inacabable lista de traiciones de Zeus.

Ahí están en el tapiz de Aracne todas aquellas mortales disfrutando de los atributos del dios: Alcmena, Antíope, Calisto, Carme; la hermosísima Dánae de cuyo vientre nacerá Perseo; además de la hermana de Cadmo, la muy convulsa Europa, de quien nacieron tres vástagos; también se puede reconocer a Eurínome e Himalia; y no podía faltar Ío, la del terrible castigo animal, cuyo amorío con Zeus representó una terrible venganza contra Hera pues era Ío su propia sacerdotisa, el ser humano más cercano a la madre de los dioses. Están por supuesto Lamia, Laodamía y Leda —aferrada al cuello del cisne que engendrará a Helena de Troya, hermana de Pólux—. Se mira a Mera y a Níobe; a Olimpia; y a la madre del desafortunado Tántalo. Están Pirra y la virgen Sémele —la más perfecta fémina que ha pisado la tierra, madre de Dionisio, un inmortal siendo ella mortal—. Sémele, con la que Zeus ayuntó en una cama de escombros desprendiéndose volutas de humo.

El tapiz muestra a Tálgete y a su nieta, la musa Talía, así como a Yodama. Ya es un mero trámite ver a Zeus mordiendo el cuello de la vieja Némesis, azote de los mortales, de quien aprendió a ejercer la devastadora justicia. Némesis, de cabellera suntuosa: la diosa que encarna la consecuencia de una ofensa.

Y es que el tapiz confirma lo que eran sólo sospechas. Pero no es todo. Al extender la parte baja, la última que queda por descubrir, el colmo aparece ante sus pupilas: Zeus también comparte el secreto de Tiresias, arcano que ya había disfrutado la excelsa Cénide,

quien al ayuntar con Poseidón fue convertida en un *él*, llamado Ceneo. Tiresias: quien aseguró que nueve de diez veces es la mujer quien obtiene más placer que el hombre durante el acto sexual. El lienzo muestra al dios de dioses ayuntando también con el héroe Ganimedes, sometiendo y dejándose someter.

Y agotándose la materia del tapiz, una lágrima cae al piso.

Una lágrima rueda hasta encontrar una grieta y enterrarse en la tierra. La gota no es de Aracne ni de ninguno de los visitantes de la casa de Idmón.

La lágrima la ha derramado la diosa.

La lágrima es de Hera.

El líquido que se ha filtrado en el piso de la casa de Idmón alerta a Hermes, guardián del inframundo, porque es Hera la que lanza una execración terrible:

—¡Yo te maldigo! A través de mí sentirás la furia de los dioses... Por eso en tu vida mortal y la que resta, Aracne, sólo sabrás lo que es ser engañada y olvidada por los varones que te prometan amor. Tú, que has querido poner en alto el nombre de las mujeres mortales manchando el de la más grande de las divinas, le harás honor al tuyo y serán tus descendientes —mujeres todas ellas— las que busquen doblegar a aquel que las ha copulado para que nunca conozcan el amor pensando que los hombres son peores que áspides, aún más que el infiel padre de los dioses, para que así experimentes conmigo la afrenta que te afanas en hacer pública. El rencor que me consume será el mismo que tú sufrirás. Terrible castigo recibió Ío al traicionar el cariño que le profesé. Peor te irá a ti. Tu vientre, Aracne, sólo engendrará filamentos para que se cumpla la sentencia: *ella tiene su*

tela y le gusta sentir cómo vibran dentro los distintos hilos. Nadie querrá acercarse a ti y tu nombre será símbolo de peligro.

Y así es que ninguna otra voz se alcanza a percibir en la casa de Idmón pues la diosa ha desaparecido con el viento mientras en las calles sólo se escuchan cuchicheos y rumores.

En tanto, en el bosque lleno de espectros que a nadie dejan en paz, Aracne, la joven bordadora, se ha exiliado de forma voluntaria intentando alejar de aquella maldición a una legión de mujeres, al tiempo que sus cabellos caen uno tras otro dejando un rastro de seda, mientras busca hilar por la eternidad esta historia que bien sabe, nadie borrará de la memoria del mundo, escuchándose en su totalidad hasta el final de los tiempos...

El libro

Yo en este viejo pueblo paseando
solo, como un fantasma.

ANTONIO MACHADO

El hombre ve llegar una mañana a un grupo de habitantes de la aldea. Le exigen entregar el libro que tiene sobre la mesa.

Es un recién llegado, quizá proveniente de un país vecino. Se ha pasado semanas enteras leyendo. Se rumora que el objeto que analiza con fruición se trata del destino, de las claves de la muerte o tal vez de la eternidad, pero nadie sabe con exactitud qué contiene. Desde que arribó, lo repasa a diario. Apenas si come, no platica con nadie. Es como si todo su mundo estuviera en esas hojas. Sólo cuando se cansa, cierra los ojos. Luego, mira las mismas páginas

una y otra vez. Y siempre que lo hace: se hunde en un profundo mutismo.

Otras ocasiones camina por el pueblo con la mirada en el suelo, sin soltar nunca el volumen a pesar de que no es fácil transportarlo. Tiene pesadas tapas de hierro y cerrojo empotrado. Por las noches, se procura luz con una vela. Duerme apenas unas horas sin apagar la llama que atenúa la penumbra. Está como esperando a que el futuro llegue. O tal vez su propia muerte.

Por las mañanas, sobre la mesa, además del libro, mira un reloj de agua, cuyas gotas activan un mecanismo que lo despierta si se queda dormido.

Es así que una mañana, sin explicación alguna, los hombres de la aldea irrumpen en su casa de forma violenta para exigir que les entregue aquel objeto misterioso. Suponen que el libro contiene un secreto y lo quieren para sí. Ningún hombre entrega su vida a no hacer nada más que leer, a menos que aquel tratado contenga algún poder, concluyen todos.

Ante semejantes argumentos, él sólo sonríe. Contrario a lo que esperan, no monta en cólera, no se defiende ni se rehúsa a entregar el volumen.

—Llévenselo si quieren —les dice.

Pero nadie se atreve a tomarlo entre sus manos. Al ver que ninguno hace nada, el hombre les pregunta:

—¿Qué pasa? ¿No lo quieren?

—No sabemos si tiene embrujo —dice uno, con la voz repleta de desconfianza. Les ha desconcertado la facilidad con la que el recién avvicinado cede a sus pretensiones.

—Tal vez. Yo sólo sé que dice la verdad —contesta él, de manera tranquila.

Es esa respuesta la que enciende los ánimos. Sin pensarlo, uno de los aldeanos se arroja sobre aquel objeto.

—Sólo que antes de que se lo lleven, debo advertirles algo —les dice.

Casi todos los presentes, que suman quince o veinte, arquean las cejas. Quien ha querido arrebatar el libro, lo suelta como si sus hojas estuvieran envueltas en fuego.

—¿Qué advertencia? —preguntan varios, temerosos.

—Apenas se lo lleven, procuren copiarlo.

—¿Para qué? —dice alguien.

—Lo que contiene hará que la mayoría quiera olvidarlo y algunos, destruirlo.

Con esa advertencia, se hace el silencio y el aldeano que le ha quitado el compendio, tomando la batuta, grita:

—Es claro. ¡Este hombre quiere engañarnos!

—Entonces no se lo lleven —contesta él, haciéndose del volumen de vuelta.

—¡Es un truco! —pronuncia otro lugareño.

El hombre del libro, que todos creen un hechicero (incluso, no falta quien lo considera la Muerte), guarda una postura meditabunda, siempre conservando la tranquilidad.

—Dinos qué contiene... —le insiste uno de los pobladores más viejos, desesperado, mientras él contesta:

—Es probable que quien lo posea, y lo lea, enloquezca. Menciona la forma de hacer rico o pobre a quien lo lee.

Es inevitable que con semejante perorata varios de los presentes sonrían viendo posibles sus anhelos de comprar más tierras o huir por fin del pueblo. Pero aquel más anciano alza la voz de nuevo:

—Si el libro revela eso, ¿entonces por qué no te has hecho rico tú mismo?

Todos callan. Es a todas luces una pregunta sabia.

—Porque es algo que no me importa —contesta el hombre con firmeza.

—¡Nos tomas el pelo! —dicen varios.

—No —les contesta, tranquilo—. Si así lo desean, llévenselo, ya se los dije...

Pero nadie se atreve a tocar el objeto, excepto aquel más viejo, que tras arrebatarlo, dice en voz alta:

—¡Es un diario! Marca la fecha de hoy.

La violencia se aposenta en el lugar llamando “estafador” e “impostor” a su dueño. Lo golpean en el estómago, en la cara; el hombre escupe sangre. El aire se le va mientras un firme hachazo le parte la cabeza. Una vez saciada su ira, los aldeanos prestan atención al anciano que empieza la lectura del libro de forma lenta y son ellos mismos quienes demudan el rostro cuando se dan cuenta que aquel forastero no ha mentido y en el volumen, que en efecto es un diario, está anotado el día en que lo han arrebatado. En él está escrito:

Llegó la fecha en que los hombres de la aldea irrumpieron en mi casa y quisieron quitarme el libro, y en él, cada uno conoció el día en que iba a morir. Yo sabía el mío pues ahí estuvo escrito desde siempre; siempre en espera de que aquello pasara. Por eso, algunos enloquecerán, otros correrán despavoridos como hacen los niños hacia el pecho de

sus madres, horrorizados con esa lista donde se detalla nombre, día, forma y estación del año en el que cada uno sucumbirá. La mayoría perderá sus fortunas al saber este contenido, pues yo mismo me olvidé de mí deambulando horas enteras por pueblos y senderos de bosques ajenos, huyendo de la nación que me vio nacer pensando en que así se rompería el hechizo apenas leí en él mi nombre y la manera en la que me sería arrebatado por los pobladores de alguna aldea en su afán de poder y fortuna. En efecto, vivo en espera de que pueda dejar este libro de la muerte entre sus manos y que a cada quien le toque el mismo destino que a mí, y así, por fin, descansar de esta terrible locura.

La biblioteca de Brujas

Dice que fue un artista, que le cortaron la mano en un castigo comunitario en medio de los reclamos del pueblo. En el parque se me acerca, convencido: “Le conozco”, me dice. Yo le contesto: “No es posible”. Él remarca: “Debe creerlo”. Me mira a los ojos y se aleja. Entonces, repito: “No es posible”. Aunque intento entender. Me quedo callado un buen rato, colocándome el sombrero antes de partir...

Otro día me encuentro al mismo hombre en ese parque de débiles hojas. “Le conozco de antes”, me dice otra vez. Yo respondo de nuevo: “No lo creo, no le conozco”. “Yo a usted sí”, insiste. Y al

darse media vuelta, se aleja como haciéndose viejo mientras recorre la acera del parque.

Sin más que el trino de los pájaros, el atardecer se posa en el fecundo bosque. El sonido del viento agita el ambiente. Rojo se torna el horizonte y los árboles despiden ubérrimos olores.

Hay un hombre que dice en el parque: “Le conozco”. Pero yo no a él. Aunque tengo la sensación de haberlo visto antes. Siento incluso conocerlo desde siempre y digo: “No es posible”.

En medio de aquel bosque hay una mujer. Piensa: “Hola, por fin he llegado”. Baja del carruaje. Brinca descubriendo sus tobillos. En el lugar, las penumbras caen, hay una enorme casa perdida entre la maleza y el olvido, con cuatro torres apuntando hacia los puntos cardinales.

Dos personajes de ojos oscuros y vibrantes me esperan. He llegado a alegrar el lugar, me dicen.

Hay un hombre en el parque que dice conocerme, yo digo: “No es posible”.

Para llegar a esa casona en medio del bosque, hay que rodear un vado con el fondo lleno de humedad. Dentro resisten helechos y serpientes. Mis anfitriones me preguntan: “¿El viaje?”. Yo respondo: “Bien, gracias”. Él me ofrece el brazo. En su compañera se perciben celos. Después de la cena, la pareja me indica mi habitación. Estoy cansada por el trayecto. El viento me dice: “Hace frío”.

Ahora me doy cuenta. Soy ella. Soy la recién llegada a esa casa.

Soy ella. Ahora soy mujer.

Cuando abro los ojos, trinan los cardenales. El sol dice: “Reina la aurora”. Mis dos anfitriones me esperan en la mesa. El desayuno está servido. Ellos ya han terminado, sólo esperan por mí. Luego, me conducen a una enorme biblioteca con candelabros áureos, utensilios de bronce y vasijas del Oriente. Veo también pinturas con toda la historia plasmada en ellas. Hay esculturas y una gran colección de objetos artísticos. El lugar huele a distintas fragancias. Pareciera que se necesitan años para terminar de recorrerlo. Mis anfitriones me observan con sonrisas extrañas. Ella está celosa de mí, aunque he visto sus ojos deslizarse por mi cuello y espalda. Mi anfitrión sólo me mira los ojos y el cabello. Quizá han pasado horas

enteras. Ha caído la tarde. El sol dice: “Sólo ahora el crepúsculo es monarca”.

—Espero que estés cómoda —farfulla mi anfitrión con voz suave—. No debes temer. Aquí estás segura.

—Nos vemos en un rato en la cena —dice él. Su mujer me ofrece agua en una jarra de barro. Se esfuerzan por atenderme, fingen. La mañana y la noche han caído juntas. El clima cambia. El barro me dice: “¿En qué época estoy?”. El agua del jarrón ofrece descanso a mi cuerpo. Abro los ojos. Ellos ya no están ahí.

Enseguida salgo al pasillo. ¿Debo ir a la derecha o a la izquierda? Voy hacia la derecha. Hay muchas puertas, no las abro. Me dan miedo. Sigo de frente, estoy cansada, siento que llevo kilómetros andando por pasillos. ¿Cuánto tiempo he caminado? Por fin, me decido por una puerta a la derecha, de nueva cuenta. La cruzo. Hay una cama con un enfermo de peste agonizando y una enfermera cuidando de él. Están como detenidos en el aire, como pintados en el muro de fondo, por lo que aprieto los ojos, cierro la puerta y continúo. Salgo al primer pasillo. Erré: era a la izquierda. Hay una puerta al frente, la abro, y ahí están mis anfitriones cenando tranquilos. Sí. Es de noche, el sol ha caído por completo.

—Te has tardado en llegar —me dicen.

Después de la cena, en la que les pregunto muchas cosas sin obtener las respuestas, mi anfitriona me conduce a una habitación que no es la misma recámara de ayer. En la cama recuesto la cabeza en un almohadón de plumas y me quedo dormida al instante. Abro

los ojos y todavía ella está ahí. En sus ojos hay reproche. Finge una sonrisa: “Que duermas bien”, me dice de manera hipócrita. Pero, ¿no estaba dormida ya? El aire me dice: “Es de noche, ¿no escuchas a los grillos?”. Yo pienso: “Sí, los escucho, su estruendo me lastima”. Tapo mis oídos para protegerme y se hace el silencio.

A la mañana siguiente comienzo a escribir. A eso he venido. A exiliarme para poder hacerlo libremente sin que quieran asesinarme por ello. Por la ventana veo las copas de los árboles y el sol que brilla furioso. Escribo decenas o cientos de cuartillas, hay un litro de tinta a punto de acabarse. ¿Cuánto tiempo llevo en esta enorme casona? Por el piso, a contracarrera, se deslizan los ratones; cuando los percibo, contengo el aire. En mi país me repudian por escribir. Suficientes motivos para huir. Hasta este lugar, con la única biblioteca de este continente que puede albergar a un artista en el exilio, hombre o mujer.

Extraño a mi familia. Recorro la extraña casona que parece decirme: “Aquí no vive nadie”.

Pero sí viven. Aparte de mis anfitriones, hay un sirviente que nunca regresa tras la comida. En una de las torres escucho un violín, por

el que concluyo que hay muchas más personas aquí. Parece que llevo horas oyendo sus melodías. Y lo celebro porque la música me tranquiliza el alma. Cuando me doy cuenta del tiempo transcurrido, me digo: “Detente, es hora de regresar a escribir”.

Hoy vi a otra persona en una de las enormes torres que coronan la casa. Eso me confirma que, en efecto, aparte de mis anfitriones, no estoy sola. Que somos varios los que estamos aquí. Desde una torre que da al poniente, los ojos de un hombre me miran por una aspillera, la rendija por donde se dispara en época de guerra. Intento buscarlo por los pasillos pero al caminar por los laberintos de esta casa, pierdo el sentido de la realidad. Después de días, desorientada y hambrienta, localizo de nuevo la biblioteca. Ahora hay un piano de cola al centro, ¿cómo llegó ahí? Luego, sin saber de qué manera, encuentro el camino de regreso a mi habitación. Por la noche, alcanzo otra vez a ver al hombre de la aspillera, con su cabello tirado hacia atrás. Sigue en lo alto de esa torre. De repente, siento el peso de su mirada. Sus ojos irradian resignación. También está recluso, o atrapado, no lo sé.

Aparte del violín, escucho a lo lejos hervir el metal como para crear esculturas, quizá por eso a menudo se ve humo en la parte norte de la casona, de la que ahora vislumbro su dimensión. Quien realiza esa actividad también cincela la piedra. Es mármol, conozco el

sonido. Es un escultor. Pero, aunque trabaja arduamente, tampoco hay forma de verle.

Noto que mi piel se deteriora, mi cabello blanquea. Siento que llevo siglos aquí. Estoy más delgada, mis dedos ya no sienten lo suave de mi rostro. Hace días que no duermo. Hoy, de casualidad, me he encontrado al sirviente que lleva y trae los alimentos. Es el único al que veo de manera constante pues mis anfitriones han desaparecido. Por él supe que los cuadros de la biblioteca los realizó un pintor que vive en la segunda torre, la que mira al sur. Y en efecto, hay un violinista de apellido Zann que toca todas las noches. El criado me dijo también que el hombre que veo por la espillera, el de los ojos de resignación, es un poeta.

Yo, mientras tanto, escribo todos los días sobre mi patria lejana, sobre los cuadros del pintor, la música de Zann, las mañanas aderezadas con el cincelar del escultor y de los pétalos de rosa que el poeta tira por la espillera. Pienso que quizá son un regalo para mí porque fuera de mi anfitriona, sé que soy la única mujer en este enorme lugar, en esta casa que no tiene fin.

El sirviente me ha revelado también que todos los artistas exiliados aquí han aportado sus creaciones a la enorme biblioteca. Mis anfitriones esperan que termine mi libro para grabar en la cubierta mi nombre con oro y aroma de benjuí. Cada escritor que ha pasado por aquí tiene una fragancia diferente, me dice. Es por eso que la biblioteca huele a todos, para que nadie los olvide. Me pregunto si el poeta tiene también aquí algún ejemplar.

He terminado mi libro. No sé cuánto tiempo ha pasado. Quizá meses. Busco a mis anfitriones, pero no los encuentro. Tampoco escucho ya al escultor cocer el metal o cincelar el mármol, al violinista tocar sus melodías, ni la voz del pintor. Ya sólo veo los pétalos de rosa de aquel poeta caer hasta el atardecer. Quizá me he quedado sola con él y, ahora que lo entiendo, comienzo la huida pero me enredo en los laberintos que siempre culminan en la biblioteca con aquel piano de cola al centro. No he probado las escaleras que conducen a las torres y ahora lo intento.

Se oyen pasos desesperados. Me doy cuenta de que el poeta, el hombre de la aspillera que deja caer los pétalos de rosa, quizá para mí, también huye. Descubro que las torres comparten un túnel sólo interrumpido por unos barrotes. Veo su mano saliendo de ellos. Puedo ver al fondo, con la luz de la vela, un rostro amable y cálido,

desesperado. Es el suyo. Sus ojos llenos de resignación se clavan en mi memoria y tomo una de sus manos, la izquierda, sin conocerle.

—Estamos atrapados —me dice.

—Sí, lo sé —le respondo.

—¿Cuál es tu nombre? —articula con voz quebrada.

—Milena, ¿y usted? —le pregunto.

—Dime, ¿cuánto tiempo ha pasado aquí? —me cuestiona sin responderme.

—No sé, he perdido la noción —le contesto.

—Tengo que regresar, aquí ya no hay camino.

—¡Espere, espere! ¿Cómo se llama usted? ¿Qué hace aquí? ¿Por qué caen pétalos de su ventana a diario? ¿Son para mí?

Y con el último halo de luz veo sus ojos, apoyando el nudo de su muñeca derecha en los barrotes, sin mano.

Hay un hombre en el parque que se me acerca y me dice: “Le conozco”. Yo le respondo: “No es posible”.

En esa casa de la región de Brujas, aquel poeta de mirada resignada y cuyos pétalos de rosa caen desde la torre todos los días, dice:

—¿Sabes? Siento que he visto tus ojos en alguna parte. Como si te conociera de siempre.

—¿Su mano, qué le pasó en su mano? —le cuestiono, refiriéndome a su muñeca derecha que termina en un muñón, grabándome al mismo tiempo su mirada en mi mente.

Él regresa por el túnel, pero a lo lejos, me dice en un grito:

—Me cortaron la mano, en la plaza. Y en medio de “virgen María, piadosa en tus ojos de barro”, me lanzaron al destierro. ¿Tú, qué haces aquí? Te he visto desde la aspillera. ¿Qué haces aquí?

—Me persiguen también, quieren quemarme por escribir extrañas historias.

—Debo irme —dice—, para buscar una salida. Tú debes hacer lo mismo. Ya no queda nadie más que nosotros. Las torres están incomunicadas. La pareja que te ha recibido se ha ido hace tiempo, pero el pueblo viene por nosotros. Van a quemarnos, creen que el arte hace que la gente olvide a Dios. Desde la torre he visto antorchas encendidas en el horizonte. Hay que huir. Hazlo.

Y dando la vuelta, sus ojos profundos y tiernos se pierden para siempre.

Hay un hombre en el parque que me dice: “Le conozco”. Yo digo: “No es posible”.

Sentado en la banca de este parque de débiles hojas donde lo veo alejarse con mi sombrero en la mano, el rostro de ese hombre viejo aparece en mi mente como un duro recuerdo y por fin comprendo. En otra época nos conocimos. He visto sus ojos desde que era niño miles de veces en mis sueños.

Ahora entiendo. En otra vida fui mujer.

Hay una biblioteca en la región de Brujas que puede constatarlo.

Tejer un manto

Y será Corinto la que escuchando
esta historia la difunda en una carta
que llevará la idea del amor en
profundas metáforas sonoras...

ZENÓN DE ELÚA

Cuando cualquiera de las ancianas o sirvientes que viven en palacio le cuenta alguna historia, Arnea corre a su habitación para confeccionarla con hilo y aguja para crear bellos tejidos. Tal es su pericia en este arte, que se han vuelto interminables los baúles con las labores que realiza, tantas como los cientos de visitantes que pisan día a día la vieja ciudad.

En su mayoría, los hilos con los que trabaja provienen de la casa de un importante fabricante de la región de nombre Idmón, quien colorea lo mismo suaves hilos de seda para bordar tapetes que su hija Aracne confecciona con enorme maestría, que aquellos hilos de

algodón con los que Arnea teje prendas gruesas. Arnea no es Aracne. Ni son lo mismo tapetes que tejidos.

El padre de Arnea, Icario, hermano del rey de Esparta, está orgulloso del arte de su hija. Cada que regresa de pasar revista a sus soldados y la mira agitar su nuevo tejido desde los balcones de palacio, piensa que esa habilidad hará que el nombre de la pequeña tejedora supere el tiempo.

Lo dice porque sólo conoce las imágenes cotidianas que ella teje y todos admiran, no así las extrañas escenas que la asaltan en sus sueños y que con toda su alma la chiquilla desea confeccionar, aunque un miedo íntimo se lo impida. Arnea ha escuchado de un rumor que asegura que es la hija de una nereida, esos seres divinos que salen del mar y pierden a los hombres. En su infantil entendimiento, sospecha que es cierto pero no hay quien se lo confirme.

Y qué bueno que Arnea no ha confeccionado aquellas imágenes. Qué bueno que sólo teje los relatos que le cuentan sus ayudantes de cámara o los paisajes simples que le refieren los guardias, usando aquellas hebras de algodón de variados colores para imitar ríos y montañas. De revelar lo que sueña, su indiscreción le valdría un castigo divino, como le ha explicado su nana.

Pero como la niña que es, lo que le preocupa no es tanto la furia de los dioses sino el castigo de Icario, cuyo rostro extraordinariamente jovial sólo se demuda con la desobediencia. Y eso es así porque en su tierna curiosidad, Arnea ha estado pagando a quien le cuente historias de dioses y heroínas, parecidas a las que sueña a diario, por lo que no faltan los sirvientes que quieren ganarse una joya contándole cosas que son ciertas y otras que no, con lo que la pequeña ya no distingue la verdad de la mentira ni el sueño de la realidad. Sólo le importa el

éxtasis que consigue tejiendo de noche en secreto aquellas historias que le resultan fascinantes.

Lo inevitable siempre sobreviene y por eso en las últimas imágenes que ha labrado se ha filtrado ya un rostro muy conocido para Icario: el de la nereida que ama, la madre de Arnea. Sin que la chiquilla sepa de quién se trata, la ha soñado mirándola sonriente aprobando todo lo que hace, sensación que suple, aunque sea en algo, la caricia y arrullo que nunca tuvo de pequeña, aunque desde su nacimiento, ayes y lamentos se escucharan en el fondo del mar donde aquella nereida de sus sueños vive encerrada en una celda, en la que se le privó incluso el derecho de amamantarla o tener contacto con el padre, cruel destino de los divinos que osan amar a los mortales.

Arnea ha confesado a su nana que sea quien sea su madre, cree que abandonó a su padre. No se explica, dice, la razón por la que pudo haber olvidado a Icario, pues aunque no la refiere en público, está segura de que él la ama profundamente. No sabe de las razones que los adultos, mortales o divinos, tienen para separar las cosas que han nacido juntas, pero lo único que comprende es que su padre no se ha casado de nuevo y que no corteja a nadie, a pesar de que no faltan las interesadas en ocupar un trono sin dueña. Eso es para Arnea una prueba contundente: a Icario parece no interesarle otra mujer que no sea su madre. Lo ha visto sufrir su ausencia, pues a menudo la chiquilla se escurre por las noches en los pasillos superando la vigilancia de los soldados acompañando su respiración con la de ellos para escucharlo decir solo en su recámara que se siente feliz por la mujer que ama y por la hija que le ha dejado.

En ese sentido, Icario piensa que el arte de Arnea es una clase de compensación por la falta que cometen él y su divina mujer, algo que le dice a la propia nereida cuando una vez al año la poderosa Atenea, hija de Zeus, la diosa protectora, dueña de la justicia, permite su fuga con la complicidad de Morfeo para que refrenden ese amor por unas cuantas horas, ocasión que Icario aprovecha para insistirle en que la contempla cada que mira a la pequeña tejedora.

Y saben los dioses que él no ignora los nudos en la garganta pues todos han sido testigos de cuán difícil ha sido criar solo a Arnea. Por eso, recupera a cualquier precio las joyas que sirvientes o soldados hayan recibido de su hija para comprar las historias que busca. Él haría por ella eso y mucho más, pues Arnea es la viva imagen de la mujer divina que ama.

Han transcurrido ya varios años desde que Arnea pasaba aquellas horas esperando el regreso de su padre en el balcón de palacio luego de pasar revista a las tropas, mas la ahora doncella no olvida esas dulces imágenes de su infancia. En este momento, es ya una joven de ojos rápidos, perspicaces y profundos. Por fin sabe que el rostro que tejió tantas veces a partir de sus sueños infantiles en efecto es el de su madre, la nereida Peribea, nombre y secreto que le acaban de ser revelados por su padre como regalo de cumpleaños número quince. Pero no sólo se ha enterado ella, sino también todos los jóvenes del reino. Es por eso que son muchos los aventajados que la pretenden imaginando un porvenir portentoso como familiares de un rey y una divina.

Son varios los pretendientes que se acercan a Arnea, pero ella sabe que sólo uno será el indicado. Y ése ha sido el hijo de Laertes, a quien algunos conocen como Ulises y otros como Odiseo. A Arnea le ha gustado que este joven rey, apodado el Fecundo en Ardides, haya desistido de su prima Helena, mujer que todos codician, única mortal que Zeus ha reconocido como hija. Y más, que haya sido Ulises, el Laertida, quien idease el pacto por el que defenderán al varón que Helena escoja como esposo, resolución que significará la paz de la región.

El pretendiente de Arnea es un hombre inteligente, sagaz y templado. A ella le agrada mucho.

Por esa razón, Icario ha consentido en que la boda se celebre con gran aspaviento. Sabe que el hombre que su hija ama está en la más alta estima de Aquiles, el soldado más querido de las tropas que ahora se lanzarán contra Troya, pues hace apenas algunas semanas, su rey Paris ha raptado a Helena rompiendo el pacto ideado por Ulises.

Por eso, en medio de la guerra que está a punto de desatarse, ni el recuerdo onírico de su madre, ni la negra noche que se ciñe sobre el mar ni la luna roja ocultándose en el horizonte, y aún menos las historias sobre dioses o leyendas de soldados y sirvientes, son ya los temas de sus tejidos, sino que Arnea se ha dedicado a perfeccionar la imagen de su padre y la de su ya esposo Ulises, deseando que ambos regresen con bien y con vida de esa batalla que se adivina mortal.

Arnea busca tejer con perfección el rostro feliz de Ulises pues ha quedado encinta de él. Se ha roto la cabeza tratando de pensar cómo le hará para tejer también las crines blancas del caballo de su padre, más albas que las secas piedras de los montes que circundan la ciudad.

Y así, pasado un tiempo, ha aprendido a tejer también la imagen del pequeño Telémaco, que hace poco nació ya sin que Ulises pudiera verlo y quien parece crecer a prisa, pues los años se aceleran sin que sus amados hombres regresen.

Arnea se afana en el tejido. Ha empleado ya tanto tiempo en tejer y destejer en espera del regreso de su padre y de Odiseo que su sentido del hoy y del ayer se ha desvanecido para siempre, porque en efecto, han pasado años desde que se fueron a aquella cruenta guerra. En definitiva, sus sueños ya no están poblados de regresos esperanzadores sino de imágenes de muerte y calamidad, en concreto, de extraños patos salvajes —algunos azabaches, otros grises— que sobrevuelan en enormes parvadas el negro mar, pesadilla que desde hace tiempo no la deja dormir, con la misma intensidad que cuando niña soñaba el rostro de su madre.

Y ahora, después de más de trece años de la partida de Ulises, sabe la razón. En este momento entiende por fin por qué desde que partieron esos dos hombres sueña aquellas extrañas aves, pues han sido estos animales los que la rescataron hace algunos días de entre las olas cuando se enteró por algunos soldados que han regresado de Troya, que Ulises está muerto, que lo han matado en plena guerra.

La gente especula si ha sido Nereo, el divino abuelo de Arnea, quien ordenó a las fieles aves ponerla a flote al verla arrojarse al mar, a la morada del primigenio dios Océano, que en el escudo de Heracles, acuñado por Hefesto, se describía ya como un lugar donde los cisnes de alto vuelo daban fuertes graznidos y en grandes bandadas nadaban sobre la superficie del agua. Se arrojó como lo había hecho también Leucótea, la Diosa Blanca. Otros afirman que el rescate de Arnea sin embargo lo orquestó Tetis, la de pies dorados y madre de Aquiles,

agradecida por el servicio que Ulises le brindó a su hijo en Troya. Pero hay quienes aseguran que no fue ningún divino quien la rescató del ahogamiento sino el propio Telémaco, quien a sus escasos trece años salió en pos de su madre al verla gritar diciendo que ama a su padre, imprecando a Zeus a diestra y siniestra, enloquecida por aquella supuesta muerte del único hombre en cuyos ojos sintió habitar la misma fidelidad que Icaro le prodigó a su divina madre.

Es justo por esa razón que en todas las islas esparcidas por el mar ya nadie conoce a la tejedora Arnea por su nombre de infancia sino por el apodo Penélope, que significa “pato salvaje”, pues sus ojos se han oscurecido como los de esos animales alados mientras espera a Ulises, quien sin saberlo, y desmintiendo todos los rumores, viene ya en pos de ella atravesando el ponto, peleando contra cíclopes y furias, colocando cera en sus oídos para no escuchar a las temibles sirenas, mitad cuerpo de hermosas mujeres y pájaros acuáticos, que le dicen cuánto lo desean y valoran el hombre que es. Es él quien apenas puede resistir esas miradas —algunas lascivas y otras insoportablemente tiernas—, procurando pensar sólo en Arnea, no olvidando lo que han construido juntos, aunque haya quien asegura que Penélope ha tenido muchos amantes, pues ha aceptado en su tálamo a los ciento ocho pretendientes que tuvo mientras Ulises se iba a la guerra en rescate de Helena. Otros afirman incluso que si Ulises logra regresar, encontrará también a Penélope como madre de Pan, niño de rizos y patas de cabra, procreado con el temible dios Hermes, o producto, según aseveran otros, de todos aquellos amantes que tuvo durante la espera de Odiseo.

Pero Ulises no piensa en eso, sino en la seguridad de que será recibido y esperado. Sólo así logra despejar la mente y templar su

alma al escuchar de las terribles sirenas la única frase que lo ha hecho temblar: “Arnea no te espera”.

Ulises, que sabe de las argucias de aquellos monstruos, como si fueran las propias, se concentra en llegar a tiempo para abrazar a quien sabe lo aguarda confeccionando un manto tejido por la mañana y destejido por la noche esperando que un día él, y sólo él, la ciña entre sus brazos, dejando así constancia en el tejido de la única metáfora que puede mantener vivo el recuerdo en medio de una cruenta y prolongada guerra...

Estampa del olvido núm. 3: reflexiones de Clara Schumann

Siento que no podré componer nunca, nunca con el poder expresivo de Félix, con la dulzura de Frederic o el virtuosismo casi demoniaco de Niccolo, tres a quienes he admirado y conocido. Quizá nunca plasmaré el genio del amoroso Johannes y aún menos la expresividad en el piano de Franz. He terminado cuarenta viajes de gira tocando mi propia música y varias piezas de Robert con ocho niños tras de mí, y algunos me llaman adelantada en cuanto a mi género, pero no es eso. Es el amor lo que me impulsa, no sólo amor por Robert, a la música, al universo, a mi amor por el arte. Y por mí misma. Podría estar sola y hacer caso de los que me ofrecen ventajas de cualquier tipo, incluido el ministro de educación de Prusia, el excelente Johann Wolfgang von Goethe, pero la enfermedad de Robert me ha traído un tremendo beneficio

al espíritu: el preguntarme no qué hay después de la muerte sino qué hay luego de perder la memoria como él. ¿Qué queda del amor? ¿Qué si yo no pudiera recordar los primeros llantos, los primeros gateos y palabras de mis hijos? ¿Qué sería de mí misma si no pudiera memorizar dónde queda la clave temperada del do, o el medio tono entre fa y sol que define lo mismo la alegría que la tristeza, o las séptimas que Robert ha incluido en su excelsa música? ¿Qué pasaría si no pudiera distinguir entre ritmo y melodía, y entre un legato, un estacato, una apoyatura, un marcato, un trino o un calderón, un glisando y ni siquiera los símbolos del silencio? ¿Qué sería si no pudiera recordar mis melodías, y las bellas novelas de Robert, pues al principio quería ser escritor? ¿Qué presentaría yo ante el público, cómo podría expresar cuánto amo lo que hace, lo que hizo, lo que hemos hecho? ¿Qué es una mujer sin el recuerdo de su marido, de sus hijos, de su padre y madre, de su música o de su rostro frente al espejo?

Mujer invisible

Disuelta en mí mismo, nada me permitía distinguirte
del resto de mí, recordarte, reconocerte.

OCTAVIO PAZ
“Carta a dos desconocidas”

Y le parecía que todas eran ella...

Presente, escena I

Relato el desdén con el que se muestra cuando indago si en sus pupilas están tatuadas las iniciales de tu nombre. No le gusta ser adivinada en su pensamiento, algunas mujeres argumentan violencia, otras sonríen con empatía, otras con suspicacia. Estas últimas, como creo que eres tú, me permiten mirarles hondo. Reconocen el juego, ellas también lo están jugando.

Pasado, escena I

El hombre camina con las manos enfundadas en unos guantes de piel. El vaho escapa de su boca, pero la cierra, ya que empaña la mirada en sus gafas. Hace frío, y parece que al pronunciar esta palabra, reúne todas sus fuerzas para no congelarse. Ya casi no hay nadie en la calle. Hay un apagón desde hace algunas horas. A lo lejos, una mujer le resulta familiar. Pero la deja pasar. Esta vez, se irá a casa sin recorrer la ciudad, obsesionado, buscándola. Solo por esta noche.

Pasado, escena II

El hombre camina lento por la playa. La arena le quema, es hierro fundido. Cincela con su mirada a una mujer que se cruza en su camino. Cada telón de sus párpados, un golpe de maza. Ella ha estado dormitando en un camastro concentrada en sus pensamientos, como en otro mundo. Se ha levantado y camina cerca de las olas, apenas repara en la mirada del hombre, él ya le ha indagado la existencia. No es ella. La mujer se da cuenta y procura caminar más rápido.

Pasado, escena III

Extraño tu imagen pero ya me cansé de buscarte siempre, pues te he olvidado en la infinitud de los tiempos, quizá en las distintas

vidas en las que hemos vivido. Voy por ahí intentando reconocerte en todas las mujeres. Hace poco creí que te había hallado. En países fríos, en playas. En terrazas con poca gente. Muchas veces han querido engañarme mujeres con sus manos. Y tú sin llegar. "... decir que esa mujer era dos mujeres es decir poquito / debía tener unas 12,397 mujeres en su mujer". Un poeta del cono sur. Otro, un tigre, también lo intuye: "El que bebió esa noche / encontró que todas / las mujeres del mundo / se reunían en ella".

Pasado, escena IV

Cuando fui empujado a esta vida se me advirtió que penaría antes de encontrarte. Sentí el golpe en la nuca que me borró cualquier conciencia del universo, cualquier recuerdo, de ti, de mí, del mundo, antes de ser sumergido en el río Leteo. Ahora que ando ciego mirando en todos los ojos para ver si te reconozco, siento desfallecer y a veces pienso que encontrarte de nuevo nunca sucederá. Úntame el bálsamo de tu memoria con la que vine a este mundo. Antes de nacer, alguien me susurró tu nombre tan bajito que ya no recuerdo cómo se pronuncia. Si es así, ¿cómo sabré que eres tú cuando vuelva a escucharte? Lo sé muy bien: cierras los ojos cuando un hombre te posee y los abres cuando crees reconocer mi respiración en él. Lo sé pero por favor no me confieses que tú también has estado así buscándome.

Presente, sueño I

El hombre toma por la cintura a una mujer joven. Cuántas campanas retiñen en este pueblo. Cuántos caballos telegrafían el empedrado. Cuántas casas con hojas de otoño en las entradas. Muchas ancianas esperan a los hijos que se fueron a la guerra, de quienes nunca olvidarán sus gestos, sus palabras, sus rostros de niños. Hay también un viento que levanta las faldas de las muchachas, provocando la risa de los pocos chiquillos que andan en las calles. Brocales secos en los pozos. Aromas a pan sin anís en la cubierta. El hombre mete todo el aire que puede en sus pulmones. La chica masculla su propio llanto, no comprende por qué él se va. El hombre se trepa a la carreta y le pide al cochero que lo lleve a la ciudad para tomar el barco que zarpará al otro día. El conductor azuza a los animales y le pregunta que por qué se aleja. “Busco a una mujer”, responde él. “¿Dónde se encuentra ella?”, pregunta de nuevo el cochero. “No lo sé, pero aquí no”.

Pasado, escena V

Dios creó la palabra *samekh*, que significa “apoyo”, pues bien se sabe: “sólo cuando el varón y la hembra están unidos forman en realidad un solo cuerpo”. Sí. Ya no recuerdo cuándo te conocí, más bien creo que fuimos creados juntos y que alguien nos separó para demostrar su teoría sobre el amor. ¿Dónde estás? Responde.

Presente, sueño II

En medio de la bruma, te veo aparecer como una niña perdida entre el follaje y siguiéndote, desvíó mi camino. ¡Por fin te he visto! Te has internado en este oasis de pinos al pie de la montaña devastada por la brisa. Refresco mi garganta sintiendo cómo el líquido me da fuerza: es agua fresca recién sacada de un pozo y conservada en vasija de barro en un rincón de la casa. A lo lejos escucho un rumor de risas. Entre los pinos veo pequeñas figuras danzando, son bailarinas adolescentes, como de un cuadro famoso, y ninguna me percibe, excepto tú. Contraes la nariz y haces una pequeña cueva con tu mano sobre tu oído y sonríes cuando escuchas el trinar de varitas. Soy yo. Miras de manera tímida al piso y no ves ningún tallito quebrarse. Regresas con tus amigas, pero no dejas de poner atención. Entonces, como dudando de lo que oyes, barres con la mirada el paisaje, pero no me ves. Ahora estoy pisando la hierba, pero no me ves. Me acerco a ti y te espantas, has oído mi respiración y te contraes. Tus amigas te miran extrañadas y preguntan qué te pasa, pero tú respondes que nada. Profundizo en tu mirada. Sabes que estoy ahí, pero no rompes la formación. Ahora se toman todas de la mano y retozan y ríen. Dentro de mí hay también una alegría, pero cuando me acerco se desvanecen una a una. Una ligera llovizna te hace real a escasos diez metros. Estás empapada igual que yo y has crecido. Entonces corres a abrazarme. Yo río y una desesperación se apodera de nosotros, nos lastimamos de tanto estrecharnos y por fin escucho tu voz, quejándose del estrujamiento, gimiendo de alegría. Profieres unas palabras que no entiendo, pues hablas tu idioma nativo; aun así me gritas: “Amor, cuánto te he extrañado”.

Caigo de rodillas y me abrazo a ti. Por fin nos han permitido estar juntos. Tal vez reaparezcamos en otros tiempos, en épocas lejanas. Pero ahora, etéreos e irreales, nos hemos encontrado en medio de la nada, vencimos a ruegos a algún dios principal que se ha compadecido de nosotros y de la mano nos alejamos juntos sin saber adónde apareceremos mañana. Y qué bueno, pues ya no tendré que buscarte en ninguna parte.

Índice

- 11 Fisiología de la epilepsia (Metafísica del movimiento)
- 19 Fisiología del olvido (El cerebro de la señora Auguste D.)
- 27 Estampa del olvido núm. 1: Clara Schumann
- 29 Mary Shelley (Villa Diodati)
- 43 Estampa del olvido núm. 2: un hombre anónimo
- 45 Romeo en Mantua
- 55 John Faust
- 65 La *striga*
- 73 De la creación de la guerra
- 85 Thelesis

- 93 Aracne
- 105 El libro
- 111 La biblioteca de Brujas
- 123 Tejer un manto
- 131 Estampa del olvido núm. 3: reflexiones de Clara Schumann
- 133 Mujer invisible



Fisiología
del olvido, de Omar

Nieto, se terminó de imprimir en
noviembre de 2018, en los talleres gráficos de Jano,
S. A. de C. V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm.
109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II,
C. P. 50223, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de 2 mil
ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de
Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial:
Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada.
Formación, portada y supervisión en imprenta: Adriana
Juárez Manríquez. Cuidado de la edición: Laura
Zúñiga Orta y el autor. Editor responsable:
Félix Suárez.

